

34

Maria Rosa Alonso

EN TENERIFE,  
UNA POETISA



De  
Victoria Bridoux y  
Marzini

ST

BIG

4

**MARIA ROSA ALONSO**

# **En Tenerife, una poetisa**

**Victorina Bridoux y Mazzini**

**1835 - 1862**

PORTADAS DE

**RITA BETHENCOURT FRANCES**



**LIBRERIA HESPERIDES —(CANARIAS)**

**Santa Cruz de Tenerife**

**AÑO 1940**

## SUMARIO

I.—Advertencia.—Envío.—Pórtico.

II.—LA POETISA. Un retrato de mujer.—Los periódicos de modas a mediados del siglo XIX; algunas colaboradoras.—Biografía de una dama con los datos que de ella da la amistad y el amor.—«Aquella delicada sensitiva».—¿Daguerrotipo o retrato poético?—Funciones benéficas en el Teatro Municipal de Santa Cruz de Tenerife a mediados del siglo XIX.

III.—LA POESIA. «Poesía eres tú».—La amistad, obra poética de Victorina Bridoux.—Dimes y diretes.—El amor humano y el amor divino.—Presentimiento y nostalgia.—Sentimiento agónico del mar; el aislamiento.—Poesía, «Música celestial».—El ángel-mujer.—Victorina Bridoux, voz de cisne.—¿Quiero partir!—Las hojas del álbum.

**IV.—INTERMEDIO: La fiebre amarilla en 1862.—**  
Ramillete necrológico.

**V.—La obra poética de Victorina Bridoux en vi-**  
trina.—Exigencias de la «erudición».—Lenguaje  
generacional del romanticismo.—Los temas ro-  
mánticos.—El metro. Los motivos de circuns-  
tancia.—Aire becqueriano.—«El Aura»: la novia  
de la brisa.

**VI.—APENDICE.—La obra en prosa de Victorina**  
Bridoux.—Localización general y fijación de la  
obra poética.

I

**ADVERTENCIA.—ENVIO.—PORTICO.**

## ADVERTENCIA

Ignoro si a las personas serias les parecerá una frivolidad de gran porte la absurda publicación que ahora lanzo al inhabitado desierto de nuestro mundo literario. Como en nuestras islas apenas si se lee—excepto la obligada minoría—confío en que a mi librito no le ahogará ningún gesto hurtaño o aspavientado, sino que en la sencillez de una corta edición vivirá recatado entre sus compañeros en los estantes de las librerías, envuelto en ese nuestro aire isleño desmayado de la conjuración del silencio. Si alguno lo encontrase, como temo, una bicocha inútil, desconectado de nuestro ambiente, he de replicar que no todos pueden hacer lo que quieren sino lo que pueden. A este último grupo pertenezco yo.

He ido pacientemente día tras día acarreado parte del material que me pusiera un tanto en claro nuestro siglo XIX literario, tan poco estudiado

como en general nuestra literatura canaria. Si la adversidad del porvenir no quiebra en desilusiones mis propósitos, alguna vez echaré sobre mis fuerzas—siempre escasas—el intento de ordenar lo que de aprovechable haya en nuestro haber literario del pasado y ofreceré a los escasos aficionados un ensayo de literatura regional que sirva de punto de referencia a obras posteriores que escriban gentes más preparadas que yo. Ahora ofrezco a unos posibles lectores, que serán contados, un trabajo de escaso valor, pero relacionado con ese ambiente literario a que me he referido y en el que quisiera insistir de una manera sistemática, ordenada y docente.

Si este trabajo tuviere sabor insustancial y frívolo, piénsese que después de todo, gústenos o no—es decir, gústales o no—la feminidad no es en el fondo otra cosa que frivolidad más o menos encubierta.

## ENVÍO

### A VICTORINA BRIDOUX

*Señora:* Hace algún tiempo que estoy aguardando el milagro, pero el milagro tarda en surgir, verificarse y ser. El milagro que yo he aguardado ha sido la aparición de usted, señora, frente a mi mesa de trabajo. A veces he pensado que usted va a entrar por la ventana cuando las tardes mueren y

el aura que usted cantó me la traiga, toda sonriente,  
envuelta en el torbellino de las brisas mejores.

Cuando en una tarde de difuntos fué usted a depositar flores en la tumba del poeta Manuel Marrero, el cantor de las estrellas, usted escribió en noviembre del 61, un año justo antes de morir, estos versos:

¡Manuel Marrero! tu marmórea losa  
no ostenta ni una flor en este día...  
Con qué placer exclamaré dichosa:  
esa corona que mirás es mía.

Después escribía con profundo dolor:

¿De están los seres que en la tierra floran  
si ninguno encontré en el cementerio?

Y más adelante, tras presentir usted su temprana muerte, como tantas veces la presintió, terminó escribiendo unas palabras que me han quebrado el alma de melancolías:

Y yo que vengo en mí constante anhelo  
a dejar un recuerdo de ternura,  
cuando descansa aquí, ¿habrá en el suelo  
quien orle de laurel mi sepultura?

Yo, que le he oído a usted cantar que sus años  
niños pasaron como «arrullos de paloma»; que le



he óido a usted cantar que no tuvo jamás otros hermanos «que las flores, las brisas y las aves», he querido con toda veneración orlar su sepultura con un laurel más humilde aún que toda flor auténtica. Las hojas de ese laurel son estas páginas que a mayor gloria de usted he ido llenando como mejor he sabido. Perdone, querida y admirada amiga, los muchos errores: por aquí, Victorina Bridoux, no la olvidamos.

Yo quisiera que en el año 2037 alguna muchacha de entonces esté esperando con inquietud la realización del milagro: su entrada de usted envuelta en el aura que tan bien supo cantar, y que esta muchacha tenga en su corazón el firmísimo deseo de que un siglo después su presencia de usted inquiete a otro ser que tenga abierta una ventana al infinito; una ventana donde usted y el aura entren fuertemente enlazadas en forma tal, que no se adivine si sus bellos rizos son el aura o el aura misma son sus bellos rizos que danzan estremecidos de placer. Esta sería la forma, mi dulce amiga, de que pasara usted a la eternidad.

Contribuir a ello es mi mayor deseo. Reciba su alma delicada, repose donde esté, el testimonio más exacto y fervoroso de la devoción que le profesa su amiga,

MARIA ROSA ALONSO.

La Laguna de Tenerife, 6 de enero de 1937.

## PORTICO

### Santa Cruz de Tenerife en 1862

Si, ya sabemos que la Audiencia está en Las Palmas, ya sabemos que la tradición eclesiástica y judicial le viene al Archipiélago de la antigua ciudad de Canaria. Sabemos que en Las Palmas existe una aristocracia ilustre; que allí poseen tradición, nobleza, catedral, audiencia, puerto; que la ciudad se tiende sobre el Océano como una dádiva generosa de la isla redonda al «Atlántico sonoro». Y sobre todo, sabemos que existe el Conde de Vega Grande y que el señor Conde tiene dos hijas, María del Pilar y María del Carmen. Sabemos—¡oh, pasmo del siglo!—que María del Pilar toca maravillosamente un arpa que para ella ha hecho traer su padre desde París. Un arpa de Erard.

Todo eso nos abruma. Nos abruma también otra cosa que tenemos cerca; sabemos asimismo—porque estamos muy bien enterados de todo—que la ciudad de La Laguna es la capital antigua de la Isla; que tiene unas calles rectas y espaciosas, que es sede obispal y que cuenta con cierto rango universitario. Tiene también una aristocracia ilustre aunque, ¡oh, desdicha!, ninguna damita esclarecida toca el arpa como la señorita María del Pilar del Castillo y Huesterling.

Todas estas cosas nos entristecen el ánimo. Son dos ciudades en contra de una, hasta hace poco, villa; son dos tradiciones en contra de una advenediza; es una aristocracia frente a una clase comercial y snob; es lo pulcro y lo conservador oponiéndose a un progresismo bullanguero; es la edad moderna de los días imperiales en contra del chato siglo XIX. Sí; nos angustia y preocupa, pero a pesar de todo sentimos una conmovedora simpatía, una singular atracción por esta agradable y abierta ciudad de Santa Cruz de Tenerife. Nos emociona el índice gris de su muelle hundido en ese maravilloso mar que teje una gargantilla de espumas alrededor de las islas. Queremos vivamente a nuestra capital que ha surgido de nuestro siglo pasado y que ha constituido su núcleo étnico a base de cónsules extranjeros, comerciantes y ar-

madores de buques. Es verdad que no hay una raigambre de siglos y de alcurnia, pero hay una amplia sonrisa proyectada en un esfuerzo de plenitud, en un anhelo de superación y de mejoramiento, en un espíritu de limpieza y de trabajo que conforta y entusiasma lo más íntimo de nuestro ser, de un ser que, después de todo, como el ser de Santa Cruz, nada recibe sino que todo entrega; que no es tradición sino porvenir; que no es aristocracia sino pueblo y no populacho; que no es pasado sino airón de futuro.

Tiene la antigua villa de Santa Cruz de Santiago, ciudad desde 1859, una prodigiosa inquietud expansiva. La inquietud devoradora de la juventud en flor. Alrededor de 1860 la ciudad es todavía muy poca cosa. El primer trozo de muelle es obra de reciente construcción, pues el impulso progresista le viene a la capital desde la segunda mitad del siglo XIX.

El núcleo de la población tiene a uno y otro lado dos barrios, el del Cabo, al Sur, separado del centro por un puente de madera sobre el barranco de Santos. A corta distancia del barrio del Cabo se encuentra el cementerio católico de San Rafael y San Roque. Este cementerio se estrenó en 1810; cuando la primera epidemia de fiebre amarilla. Contiguo a él está el cementerio pro-

testante, construido en 1837, más corto pero mejor cuidado. Al Oeste y en la carretera de La Laguna existe sobre el mismo barranco de Santos un puente de piedra. Está situado fuera del pueblo y fué construido hallándose de Comandante general de las Islas don Juan de Urbina, en 1734, durante el reinado de aquel melancólico Borbón, Fernando VI. El puente se llama de Zurita.

Si continuamos rodeando la ciudad, el último edificio de su núcleo es, junto a la carretera de La Laguna, el Hospital Militar; siguiendo hacia el Norte topamos con las montañas de Las Mesas, Pino de Oro y el barranco de Almeida. Al Norte del centro urbano está el otro barrio llamado del Toscal.

Tiene la ciudad a lo largo de su costa tres castillos de defensa; el de San Juan, levantado en 1641, al Sur; el de San Cristóbal, en 1577, en el centro y frente a la plaza de la Constitución o Real, cerrando la calle de su nombre, es decir, la calle del Castillo, y al Norte la fortaleza o castillo de Paso Alto, reclusión de prisioneros de altas calidades desde los días del ilustre Vizconde de Buen Paso, y que guarda el notable Cristo al que iban de romería gallegos y tapadeas.

¿Cómo es el casco de nuestra capital? Tiene unas 1975 viviendas de todas clases; no

son muy anchas sus noventa calles y de sus plazas, es la mejor la de la Constitución con un largo de 109 metros por 22 de ancho. Es casi el único paseo de la población. Dos inconvenientes encuentran los inteligentes a esta plaza donde tantas ilusiones han prendido o han muerto; una, su embaldosado y otra, el desnivel de más de cinco metros. En ella se admiran dos monumentos, el de la Can delaria en mármol de Carrara, debido al escultor italiano Cánova y levantado en 1778 por la piedad del castellano don Bartolomé Antonio Montañéz y la Cruz, en el extremo opuesto de la plaza, frente a la casa donde nació don Leopoldo O'Donnell, monumento también de mármol de Carrara.

No pensemos encontrar en Santa Cruz edificios espléndidos como los que poseen en La Laguna los condes del Valle de Salazar o los marqueses de Villanueva del Prado; existe, sí, en la plaza de la Constitución, el llamado palacio de los Carta o torre de don Matías Carta, terminada en 1752, pero no tiene la categoría de aquellas construcciones.

Posee la ciudad un teatro construido en 1851 en el solar del viejo convento dominico, donde se hicieron fuertes los marinos de Nelson; tiene cabida para novecientas personas y está frente al Mercado o plaza de abastos, abierta al público el 25 de julio de 1854. Po-

es también la ciudad desde 1742 un edificio para la Aduana de muy buena construcción, dicen los exigentes. Establecimientos de beneficencia tienen: el Hospital general, la Beneficencia, Casa de Maternidad y la de Huérfanos. El Hospital general, civil o de Nuestra Señora de los Desamparados, está en el barrio del Cabo y fué fundado en 1745 por los hermanos don Ignacio y don Rodrigo Logman, Beneficiado rector el primero y vicario eclesiástico el segundo de la parroquia matriz; la Beneficencia o casa de Misericordia, en malas condiciones, fué fundada en 1842 por don Epifanio Mancha, Jefe político e intendente, para acoger a los ancianos desvalidos. La casa de Maternidad y expósitos recibió su primera donación del señor Don Juan Manuel Suárez en marzo de 1627. Está en una casa de la calle de la Caleta y se irritan las personas buenas ante las deficiencias de tal institución. Por último, la Casa de huérfanos y desamparados se fundó en 1849 por el Jefe político don Juan Saez Arroyal.

En cuanto al Hospital Militar, que se halla en las afueras y en la carretera de La Laguna, está bien situado, pero no es buena su construcción, que data de 1779, aunque ensanchado en 1859.

Los cuarteles son el de infantería o de San Carlos en el barrio del Cabo y cerca del Hos-

pital civil, fundado por el Marqués de Branciforte en 1785 para hospicio, pero pasó a cuartel en 1795; el de artillería está en una casa particular, al norte de la población y frente al mar. Sólo reside en él la plana mayor con una corta fuerza, pues el batallón permanece en la ciudad de La Laguna, y el cuartel del Destacamento presidial que está cerca de la carretera de aquel nombre, al Oeste de la ciudad.

Existen en ella, como centros de instrucción pública: una Escuela Náutica, desde 1837; la Academia Provincial de Bellas Artes, instalada en 1850; una escuela elemental y otra superior de niños y dos escuelas elementales de niñas, aparte los colegios particulares.

La Parroquia matriz es la de nuestra Señora de la Concepción, reedificada en 1653, pues un incendio destruyó la primitiva; en 1862 comienza a lucir un magnífico órgano traído de Inglaterra y que costó 48.961 reales, junto a las banderas arrebatadas a Nelson en 1797, que también luce.

Aparte las ermitas cuenta con la iglesia del Pilar y sobre todo, con la de San Francisco que es ayuda de la Parroquia; administra el Viático, mas no el Bautismo.

El Ayuntamiento no tiene casa propia, ni



la Diputación provincial, pero todas las corporaciones populares se reúnen en el viejo convento de San Francisco, donde también radica la cárcel pública. Tampoco tiene casa propia la Comandancia general.

Entre los paseos de Santa Cruz se cuentan: la Alameda del Muelle, construída en 1787, por el Marqués de Branciforte; es frecuentada especialmente en las noches de verano, por la temporada de baños. La Alameda es muy linda con sus arcos, pero reducida; el paseo del Marqués de la Concordia, fundado por este general en 1838 y poco frecuentado por su cercanía al barranco de Santos; el llamado «Camino de los Coches», al Norte, con su Alameda de Isabel II, fundada por el general Ortega; la Alameda del Príncipe de Asturias construída en la huerta del convento franciscano, con sus hermosos plátanos del Líbano y el trozo cercano al Muelle de la calle de la Marina llamado Rambla de Ravenet, por el general de este nombre que la ordenó hacer. Cuenta unos treinta y seis árboles.

Los lavaderos públicos tienen sesenta piedras y se abrieron en 1842. El alumbrado se hace por medio de aceite mineral o belmontine. Las sociedades de esparcimiento y diversión pública son estas: el Casino, fundado en

1837. (1) La cuota de entrada es de 100 reales y la mensual de 15; la Sociedad de «La Aurora», instalada en 1855; cuesta la cuota de entrada 15 reales y al mes 5; por último, la Sociedad del «Recreo», muy popular.

Los periódicos son tres: «El Eco del Comercio», «El Guanche» y «El Teide», aparte del «Boletín Oficial» y de «El Veterano», órgano de las milicias canarias que cesó este año de 1862, así como el de instrucción pública «El Auxiliar», que también cesó este año.

Existen tres médicos en Santa Cruz de Tenerife y dos boticas. La población es de 10.930 habitantes.

¿Cómo es esta población? «Santa Cruz—escriben los señores Vergara e Izquierdo en esta época (2)—es población esencialmente mercantil, Plaza de armas, residencia de las Autoridades superiores militar y civil y pueblo

---

(1) Según Poggi y Borsotto se creó en enero de 1840 en la casa número 4 de la Plaza de la Constitución.

(2) Vergara y Díaz (Pedro) e Izquierdo y Rozo (Ángel): «Ensayo histórico sobre la enfermedad que reinó epidémicamente en la ciudad de Santa Cruz de Tenerife». Santa Cruz de Tenerife. Imprenta de Miguel Miranda, 1864.

de poca industria: por consiguiente, las clases que le componen son comerciantes, mercaderes, gentes de mar, militares, empleados, propietarios, artesanos y jornaleros. Fácil será, pues, inferir cuáles podrán ser las ocupaciones de los habitantes de esta población».

En cuatro clases dividen estos autores la población santacrucera: la primera es la de las Autoridades superiores, los cónsules, los propietarios, los comerciantes. Para Platón la última clase era la de los comerciantes (1) mas para los señores Vergara e Izquierdo—¡oh, signo de los tiempos!—es la primera. La segunda la componen los artesanos, maestros de carpintero, zapatero, etc. La tercera, los oficiales de carpintero, zapatero, etc., peones de albañil, marineros y la cuarta y última la de los pobres de solemnidad. (2).

¿Cómo son estos habitantes? «Son generalmente los de Santa Cruz de imaginación viva y entendimiento despejado; pero en esta parte, hay que decirlo con dolor, son diamantes sin pulir. La ciencia no es infusa:



(1) En rigor es la penúltima, pero como en realidad la de los esclavos no es digna de ningún ciudadano griego, ponemos aquélla en el postrer lugar.

(2) O<sup>bra</sup> citada, página 18.

hay que aprenderla; y ni en la provincia hay establecimientos para adquirir una sólida y completa instrucción, ni las escasas fortunas de estos naturales les permiten por punto general sostener muchos años de estudio fuera del país. Son dóciles, atentos, corteses, hasta las últimas clases de la población; agasajan y obsequian a todo forastero, y su compasión y caridad son proverbiales. De aquí resulta su impresionabilidad a los desaires y a las malas maneras, pues el que trata con cortesía y con dulzura, quiere que con las mismas se le trate. El buen gusto de los naturales de Santa Cruz se observa en todo: en banquetes, en paseos, en festejos públicos, en el vestir, etc.; y la finura y buen trato en las clases superior y media no son inferiores a las de las más cultas capitales, y por eso es sensible no ver siempre ni en todas las personas la ingenuidad y franqueza castellana. Las mujeres, de talle esbelto y elevada talla, en correspondencia con la de los hombres, sin tener una hermosura deslumbrante, son por lo común agraciadas, cualquiera que sea la clase a que corresponden en la sociedad. Tienen gusto en el vestir; habilidad para con sus medianos recursos presentarse con lucimiento en todas partes; pero son tal vez demasiado ceremoniosas, demasiado observadoras de una rígida etiqueta. Constantes en sus relaciones

y en sus tratos, son después buenas esposas, buenas madres, si llegan a tener la suerte de poseer estos títulos en un país que tan pocas ocasiones ofrece para la colocación de las mujeres. Por lo general gustan poco de salir de casa cuando no hay motivo ostensible para ello; pero la más ligera ocasión, la más pequeña causa bastan para que se las vea en todas partes: en la Iglesia, en el paseo, en el teatro, etc.» (1).

De las estadísticas comparativas que insertan los citados señores en su obra deducen que en Santa Cruz es donde menos matrimonios se celebran: «Todo esto quiere decir, que cifrando generalmente las mujeres su felicidad en el matrimonio, las hembras de Santa Cruz de Tenerife son más infelices que las de las naciones con quienes las hemos comparado» (2).

Por su parte el señor Busto y Blanco dice en su obra: «El ocio domina aun en parte, debido sin duda al género de vida y a los escasos recursos de industria que aquí existen; por otra parte sus necesidades las satisfacen con pequeños medios y su género de alimentación es sumamente frugal; esto hace ver al-

---

(1) Obra citada, página 17.

(2) Idem, página 27.

gunas mujeres y hombres quietos en sus habitaciones, sin ocupación alguna de artes u oficios y muchos ni aún se ocupan de condimentar los alimentos.

Estas cualidades les hace tomar, como llevo dicho, un carácter algo parecido al americano; hablan despacio y con cierto tonillo cadencioso, son muy condescendientes, tranquilos, sobrios y activos en sus faenas; y es de admirar en ellos, que cuando se hallan fuera de su país, son oficiosos, emprendedores, audaces y temibles; tal vez sea la causa de este cambio, la vida animada en otra zona más amplia, la adquisividad de fortuna, y la variación de alimentos; pues que bien alimentados, vestidos y con medios suficientes para dar expansión a su imaginación en el seno de la industria, los hombres más apáticos se ingenian de mil modos.

Los hay también bastante orgullosos como en todos los países, en especial en la clase media; así es que se ven muy pocos que se dediquen a oficios bajos, en cambio, no son pendenciosos, sin dejar por eso de ser valientes, como así lo han acreditado en varias épocas.» (1).

---

(1) Del Busto y Blanco, Fernando: «Topografía médica de las islas Canarias». Sevilla, 1864. Páginas 155-156.

El Sr. Del Busto observó en el isleño un fenómeno que servirá algún día para que Angel Ganivet sienta su teoría de la agresividad del insular en el continente; el ansia de tierra grande hace al isleño gran conquistador de horizontes terrestres, pero no es esta la hora de un ensayo de psicología.

El Sr. del Busto dice que los santacruceros «aman con delirio a sus hijos y familias, y en su amor sexual son vehementes hasta el exceso; abunda demasiado la prostitución.» (1).

En 1862 el capitán general de las Islas se llama don Mariano Rebagliati; el Alcalde, don José de Miranda; el Secretario del Ayuntamiento, don Nicolás Power, hábil compositor y director de la Filarmónica; el director de la Náutica, don Miguel Maffiotte; el Secretario de la Junta de Instrucción Pública y director del periódico profesional «El Auxiliar», don Juan de la Puerta Canseco; uno de los farmacéuticos se llama don José Suárez Guerra, el otro don Manuel Suárez; a los señores médicos ordinarios y extraordinarios los conoceremos más adelante. ¿Por qué no citar a los poetas, periodistas y personas notables de la población? ¿Vale más el señor Alcalde que un poeta?

---

(1) Obra citada, página 156.

Familiaricemos al lector con la ligera cita de unos pocos apellidos en los que los nietos reconocerán a los abuelos; esa mezcla de apellidos franceses, ingleses, italianos o de otras naciones extranjeras que nos han importado los cónsules, comerciantes o emigrados políticos que han fundado con los apellidos del país la levadura burguesa de Santa Cruz: Baudet, Dugour, Guigou, Le Brun, Cambreleng, Massieu, Davidson, Hamilton, Hardisson, Meade, Murphy, Bartlett, Power, Richardson, Benvenuty, Mandillo, Poggi, Lentini, Ghirlanda, Forstal, Schwartz, etc., etc.

Terminemos con unos cuantos nombres de escritores y poetas porque no son estos años muy pródigos en primeras figuras y se apagaban ya los rescoldos del romanticismo: Claudio F. Sarmiento es poeta y periodista de «El Guanche», además de empleado del Gobierno Civil; Ignacio de Negrín, hombre del mar dos veces: por marino y por poeta de este gran elemento; José Benito Lentini, poeta; José Desiré Dugour, que además de poeta es autor dramático y futuro historiador local; los jóvenes poetas Diego Estévez y Murphy, también poeta del mar y marino como Negrín, y su hermano Nicolás. Entre los prosistas de la crónica: Agustín E. Guimerá, el «Gárrulo» de «El Teide»; Francisco de León Morales, Frasco León, de grandes afi-



ciones regionales; Nicolás Alfaro, elemento directivo de «El Casino», animador de notables «soirés» familiares, pintor y músico; Juan de la Puerta Canseco, primer pedagogo de la isla, aunque no isleño, y notable periodista; don Rafael Calzadilla, periodista del «Eco del Comercio»; Matías Guigou, director de la Filarmónica. Un poco a un lado la figura inteligente y va bien madura, del señor cónsul francés, monsieur Sabin Berthelot, que con su colega Webb fué uno de los animadores del movimiento científico regional.

Esto era, quizás había un poco más, lo que existía en Santa Cruz de Tenerife por 1862. Es el marco que constituye la circunstancia de la figurita que va a ocuparnos. A muchos les parecerá pobre este marco, minúsculo, absurdo y hasta ridículo. A nosotros, no; a nosotros nos parece claro, sencillo, prometedor; nos parece levadura de plenitudes y sobre todo, nos gusta, lo aceptamos con sus limitaciones, porque queramos o no, el pasado está ahí inexorable; podrá y deberá superarse; ah!, pero lo que ha sido no puede dejar de haber sido. Guste o no este marco a nosotros nos suscita una emocionada ternura. Nuestro espíritu, coleccionista de antiguallas y de inutilidades es un espíritu mínimo, pero absolutamente inofensivo y sobre todo antitóxico.

## II

### LA POETISA

**Un retrato de mujer.—Los periódicos de modas a mediados del siglo XIX; algunas colaboradoras.—Biografía de una dama con los datos que de ella da la amistad y el amor.—«Aquella delicada sensitiva».—¿Daguerrotipo o retrato póstico?—Funciones benéficas en el Teatro Municipal de Santa Cruz de Tenerife a mediados del siglo XIX.**

¡Yo no sé si ese mundo de visiones  
vive fuera o va dentro de nosotros;  
pero sé que conozco a muchas gentes  
a quienes no conozco!

G. A. BECQUER (Rima LXXV).

Me encontré hace algún tiempo con un retrato de mujer. Estaba inserto en una edición de versos que ella había escrito desde 1853 hasta 1862. Por esa época, a los hombres y a las mujeres de la buena sociedad santacruzera, debió parecerles esta mujer «una mujer interesante».

La dama de este retrato para medallón, tiene un busto bellísimo que la moda de entonces realza sabiamente; una frente ancha con entradas acusadoras de inteligencia; blondos

los cabellos y claro el mirar. «Tenía los ojos garzos» escribían lánguidamente de sus ojos, algunas amigas y amigos de la señora. Una gargantilla de perlas acaricia su fino cuello. En los confines del pecho el consabido camafeo atrae la mirada que puede detenerse en la placidez de una posible sonrisa que inician los labios. Al pie del retrato, nuestra dama ha puesto su nombre y ha firmado. Conservamos, pues, el autógrafo delicado de la poetisa. He vuelto a mirar uno y otro día el retrato de esta «mujer interesante» y me ha parecido que, en efecto, la conozco desde siempre sin haberla conocido naturalmente nunca.

Nuestra amiga se llama Victorina Bridoux y Mazzini de Domínguez. Observemos con atención los apellidos de la dama. Bridoux es francés y Mazzini italiano. En la buena sociedad del siglo pasado las señoras no olvidan el «de» que las une oficialmente a sus esposos y en relación de dependencia; ello explica el de Domínguez que completa la firma.

No diré que estamos ante una mujer de suma belleza física, pero alguna vez aprenderemos que no son las mujeres bellas ni los hombres guapos los realmente «interesantes». Ese raro fluido que el retrato emana se desprenderá también más adelante, cuando buceando en la vida de la poetisa, la opinión

general de sus contemporáneos nos demuestre que también ellos captaron el sutil effluvio. «Ya no volveremos a encontrar en nuestro camino la lánguida mirada de tus lánguidos ojos», escriben llenos de dolor por la pérdida de la joven, los periodistas de «El Guanche», que no evocan la belleza de la poetisa, sino la voz, la expresión, el perfume de su cabellera. Los redactores del «Eco del Comercio» llamarán por su parte a Victorina «lozano lirio de nuestras montañas», «hermoso meteoro que iluminó un instante nuestro horizonte». Más testimonios recogeremos que afiancen la impresión de «mujer interesante» que la dama suscita. Queremos acotar su figura en nuestro pasado y asegurar su recuerdo de mujer delicada y a veces, de buena poetisa. Preparemos paciente y melancólicamente las pinzas para cazar el dato. Seamos detectives tras la pesquisa. Una mujer que escribe versos durante unos años del siglo XIX puede ser una persona sin importancia que no justifica un libro, pero nos consuela el ejemplo superabundante de tanta legión de verso malo y de libros peores como inundan nuestras editoriales algunas ocasiones. Devolvamos el mal con mal y tengamos al menos con nuestro libro la compensación de una justa venganza.

Quisiera informar a mis lectoras—si tengo

alguna—con unos datos sobre algo siempre interesante para las mujeres. Me refiero a las revistas de modas.

Nada ha sido peor maltratado por los exigentes sin sentido histórico como aquellos encantadores figurines de hace cincuenta u ochenta años; aquellos periódicos, «para las familias», en los que se puede ver—por lo que respecta a la parte literaria—un precedente en tono y sentido, de la actual «Novela Rosa». Aquellas poesías de tanta dama; aquellos versos de José Selgas; aquellas crónicas de Flores Arenas; aquellos novelones de doña Angela Grassi. Yo siento —¡oh, Dios mío!—una vivísima, una cálida y emocionada ternura por aquellos figurines del ochocientos, que recibirían en el rincón de la provincia los dedos ansiosos de la damita que no sabrá decir si le subyuga más el poema de don Narciso Díaz de Escobar, la crónica de Julio Nombela o el modelo mismo de «paletot Clementina», con la explicación correspondiente al grabado que el figurín le trae.

Muy bello, en efecto, es ese «paletot Clementina», ¡ah!, pero ¡qué emocionantes los versos del señor don Narciso Díaz de Escobar! Y he aquí como las damitas se vestían a mediados del siglo XIX por dentro y por fuera. Sí; es verdad que la cursilería de provincia se alimentó de la literatura de figurín ilus-

traído; también es verdad que toda señorita mediocre se creyó en la obligación de escribir un poema y de desmayarse con la lectura de una composición. Pero no es menos cierto que las «veladas», aquellas deliciosas reuniones de jóvenes de ambos sexos de la «ilustrada» sociedad ochocentista que murieron al nacer el cine, tenían un público femenino alimentado por la revista favorita que ellas preferían y que no les hablaba sólo de los trapos del cuerpo sino también de los del espíritu. Y la que fué joven lectora de figurín ilustrado y sintió emoción cuando el joven tenor cantó el aria y la muchacha amiga o ella misma tocó primorosamente un nocturno de Federico Chopin al piano, por mucho que las «tristes realidades de la vida» le diesen batacazos y por docenas que fuesen las de calcetines que zurcir a un marido vulgar y positivista, aquella criatura no podrá imprimir en la formación espiritual de sus hijos idéntica vibración a la que imprime la que solamente se ocupó del tocado y de los bombones...

Pues bien, estas revistas de modas venían también a las manos de las muchachas canarias del año sesenta. Si alguna vieja dama me leyera recordaría que en su casa se guardaba la colección de uno de estos tres figurines o bien la de dos o acaso se conservaran en su

casa los tres: «La Moda Elegante», «El Correo de la Moda» y «El Correo de Ultramar».

A «La Moda Elegante» la recordarán bien las lectoras. De agosto del año 1923 he tenido en mis manos un número; salía ya en Madrid y con prosa de Carrère, Pérez Zúñiga y Margarita Nelken. En la época a que nos referimos «La Moda Elegante» se subtitula «Periódico de las familias». El tomo correspondiente a 1862 ponía a continuación: «Que tiene la alta honra de contar como primera suscritora a S. M. la Reina (Q. D. G.)» y se editaba en Cádiz. La dirigía don Abelardo de Carlos. Una amena sección de actualidad, la «Revista de Cádiz», la firma Francisco Flórez Arenas. En 1867 dirige la publicación este mismo señor Flérez Arenas pero el propietario es don Abelardo de Carlos. «La Moda Elegante» comenzó a publicarse en 1841.

«El Correo de la Moda», periódico ilustrado para señoras, comenzó a editarse en 1850. En el año 1878 lo dirige doña Angela Grassi; su editor propietario, don Carlos Grassi. ¿Es don Carlos hermano de doña Angela? No lo sabemos. La administración de este periódico madrileño está en un sitio muy céntrico: Montera, 11. «El Correo» pone en su primera página con todo orgullo: «Se publica en diez distintos idiomas». Comienza el texto una «revista de modas» que hace Joa-



Joaquina Balmaseda, dama que vive a donña Angela Grassi y que va este año a la Exposición de París desde donde informa a sus lectoras de las novedades de la capital del mundo. En 1885 dirige Joaquina Balmaseda «El Correo de la Moda». Hemos visto el nombre de esta dama como traductora de algunas ediciones de novelas francesas de la vieja casa del «Cosmos Editorial».

«El Correo de Ultramar» aparece por 1841. Se publica en París. En 1862 el cronista de la Corte que informa sobre la vida madrileña se llama Juan de Madrid. En 1866 firma la sección la «revista española» nuestro antiguo conocido Julio Nombela, el gran amigo de Gustavo Adolfo Bécquer. Gustavo, por cierto, tenía que escribir este año, el pobre, su «revista de la semana» para «El Museo Universal». También este año encontramos en «El Correo de Ultramar» versos del común amigo de los dos, Narciso Campillo. Bastantes años después, Nicolás Estévez escribirá también en «El Correo de Ultramar» sus crónicas de modas y dirá con su sal de siempre por las lectoras que seguían sus inspiraciones: «¡así salían vestidas las pobres!».

Estos tres periódicos de modas venían a Tenerife. En ellos hemos visto firmas que va a ser de nombres para nosotros importantes. Son nombres conocidos de buenas amigas,

«La Moda Flegante» del 1862 trae dos trabajos de María del Pilar Sinués de Marco; una composición de doña Angela Mazzini y la poesía «Un recuerdo de ayer» que Victorina Bridoux dedica a su tío don Antonio Mazzini y que también publica «El Correo de Ultramar» este año en su número 500. En 1863 doña Angela Mazzini publica tres poemas en «La Moda Elegante»; un trabajo María del Pilar Sinués y una «Balada» en prosa en el número 15, Victorina Bridoux, composición sin ninguna importancia.

«El Correo de la Moda» inserta también originales de María del Pilar y de doña Angela Mazzini, así como también «El Correo de Ultramar».

En Tenerife existía—y ello representaba un gran esfuerzo—por 1857 una publicación similar a éstas: «El Instructor y Recreo de las Damas», que cesó al año siguiente. «El Instructor» era una publicación decenal de doce páginas distribuidas en tres secciones y en él hemos de ver junto a las páginas de labores, la inflamada prosa romántica de Lentini en defensa de la mujer y la musa de Claudio Sarmiento, las páginas musicales del niño de diez años Teobaldo Power y Lugo-Viña, de la señorita Saurin, el señor Guigou, don Nicolás y don Bartolomé Power (pa-

dre de Teobaldo) alternando con trabajos de Victorina Bridoux, nuestra amiga.

Los periódicos de modas nos la han presentado de nuevo y ella ahora nos exige atención para su persona.

Bridoux dijimos que era apellido francés, De un francés comerciante que marchó a Inglaterra con su mujer y allí, en Mánchester, le nació la que debía ser años después afortunada poetisa.

Mr. Charles Honoré Bridoux y Lefébré era un francés nada menos que de París. El 9 de abril de 1835 nació su hija Victorina, pero a los pocos años Mr. Charles Bridoux marcha a Valparaíso por cuestiones de negocios y emprende a su vez allá, el gran viaje que no tiene vuelta. Victorina y su madre vienen a Cádiz, tierra natal de ésta.

Doña Angela Mazzini, de ascendencia italiana, es la madre de Victorina Bridoux, nuestra muy querida amiga. ¿Qué diremos nosotros de esta virtuosa y culta dama? ¿Hemos de ensalzar en ese encantador lenguaje periodístico del siglo XIX, las dotes de esa señora madre?

Suponemos que los lectores habrán tenido ocasión de leer un discurso del siglo XIX. El encumbramiento de las ideas liberales de aquella época, las continuas luchas parlamentarias y políticas, el amor a la libertad y el

odio a la tiranía despertó una vocación, un amor apasionado, por el gran arte de la oratoria. Recordemos que Argüelles era llamado «el divino»; recordemos la fila enorme de ilustres hombres públicos que gozaban de un «pico de oro»; recordemos la gigante, grandilocuente, figura de don Emilio Castelar... ¡Divina oratoria del siglo XIX! Los artículos de periódicos eran discursos; las cartas que se escribían eran discursos; las conversaciones más vulgares eran discursos; los libros eran discursos. Los maravillosos libros de don Marcelino Menéndez y Pelayo ¿no están escritos en el más solemne y florido estilo oratorio?

¿Qué decían aquellas cartas, artículos, libros, discursos del siglo XIX? Palabras, palabras, palabras. Nos ha venido sin querer, más aún, rehuyéndola, la famosa cita de Hamlet. Divinas, exaltadas, bellísimas palabras cinceladas, pulidísimas por aquellos ilustres varones. ¿Qué importa el que nunca nos hayamos enterado de lo que querían decir tantas palabras, artísticamente enlazadas? ¿No hablaba don Emilio del Gólgota, del Dios del Sinaí y del Cristo del Calvario? ¿No escribía don Marcelino de la «pintura de caracteres» y del «misterio del fondo y de la forma»? ¿Para qué hemos de exigir más?

Hemos leído un prólogo a las obras poéticas de esta malograda poetisa que nos ocupa, debido a la pluma de don José Manuel Romero y Quevedo, natural de Las Palmas, poeta de la generación que se agrupó en la revista «El Porvenir de Canarias» y autor dramático, y además conocemos un «Juicio crítico imparcial» debido a la pluma de don Bartolomé Martínez de Escobar (1). ¡Oh Dios,

---

(1) Don Bartolomé Martínez de Escobar y Domínguez, nació en Las Palmas en 1798 y murió en Telde en septiembre de 1877. Era yerno del célebre escultor Luján Pérez. Licenciado en Leyes, poeta y autor dramático. Como socio de la Económica de Amigos del País de su isla escribió varios discursos y memorias sobre cuestiones agrícolas e industriales. Escribió asimismo una memoria sobre su suegro José de Luján Pérez. Colaboró en el periódico «La Aurora», de Santa Cruz de Tenerife, que en 1847 agrupó una promoción romántica.

Fueron hijos de don Bartolomé: don Teófilo Martínez de Escobar y Luján (1833-1912), nacido y muerto en Las Palmas. Sacerdote y Licenciado en Filosofía y Letras. Profesor en Sevilla y sobre todo en la Habana, donde regentó una cátedra de Filosofía hasta su jubilación. Aficionado a Ciencias Naturales, fué además buen orador y políglota. Fundó en la Habana el célebre colegio «La Gran Antilla», donde se educaron los hombres más ilustres

estos juicios críticos del siglo XIX que la mayoría de las veces ni son juicios, ni críticos, ni cosa alguna semejante, sino exaltadísimas palabras cuyo sentido desconocemos y que nos impresiona gratamente por lo desatinadas, por lo atropelladas, por lo retóricas y disparatadas que resultan!... ¡Divinas palabras del siglo XIX!

Vean los lectores los adjetivos que prodiga don Bartolomé en su discurso o prólogo—que hemos quedado son sinónimos—. Para don

---

de aquella capital en el último tercio del siglo pasado. Don Emiliano, sacerdote también, periodista y abogado. Gran aficionado a cuestiones regionales, fué también colaborador en Las Palmas del célebre Dr. Chil y Naranjo y fundador con él del «Museo Canario». Emiliano Martínez de Escobar es, para nuestro gusto uno de los poetas más correctos de su generación en Gran Canaria. Amaranto (1835-1912), abogado, director de la Sociedad Económica, poeta y cultivador de la pintura, además de batallador periodista. Persona simpática y afecto a las ideas progresistas de su tiempo fué también fundador del «Museo Canario». Viajó por España y el Extranjero. Su obra poética completa se ha publicado en nuestros días, en 1952, Gáldar, bajo el título de «Poesías».

Bartolomé, Victorina es «virtuosa madre» y él ansiaba leer sus poesías, mejor aún, «devo-rarlas» con «extasiada lectura» y los tres hijos del caballero son «no entusiastas, sino idólatras de la autora y de su madre». Y él, don Bartolomé, ha tenido la condescendencia de prologar la obra, «de acceder a un cargo tan gravoso, y de una responsabilidad suma ante el inexorable tribunal de la ilustrada conciencia pública». ¿No se conmueven los lectores con esta enorme frase de tanto sabor de oratoria diecinuevesca, «el tribunal de la ilustrada conciencia pública»?

Volvamos a nuestra amiga. Quedamos en que doña Angela era natural de Cádiz. Afirmemos solemnemente no encomiar las virtudes de esta señora en ese mágico estilo a que antes aludíamos. Diremos para informar a los lectores que doña Angela llegó a Cádiz, muerto ya su esposo, para reunirse con los suyos. Una amiga entrañable de Victorina, doña María del Pilar Sinués de Marco—¿es posible que alguna anciana o algún curioso de papeles viejos no recuerde este nombre?—, también «inspirada escritora», autora de unos novelones perfectamente incoloros, graciosamente... tengamos una palabra suave para esta señora que debió ser auténticamente delicada; respetemos la vivísima amistad que tenía con Victorina Bridoux y digamos, no

graciosamente... cursis, sino graciosamente oratorios. Una amiga, pues, María del Pilar Sinués, escribe unos apuntes biográficos de la poetisa y a ellos nos hemos de referir. Digamos, aunque al lector le importe igual no saberlo, que doña Angela Mazzini era hermana del presbítero don Antonio Mazzini y prima segunda del general don José Mazzini. Doña Angela sabía inglés, francés e italiano y se colocó como profesora de lenguas en el colegio de religiosas irlandesas de Gibraltar. Allí recibió Victorina «la esmerada educación que tanto la distinguía», dice María del Pilar, y de allí salió para Cádiz de nuevo cuando tenía trece años. Más tarde marchan a Sevilla, ciudad en la que Victorina «acabó de desarrollarse», sin que disminuyera—escribe la citada autora—su excesiva sensibilidad y su habitual melancolía.»

¿Qué causa obliga a doña Angela Mazzini y a su hija a trasladarse a mediados del pasado siglo a Santa Cruz de Tenerife? No lo sabemos. Únicamente podemos afirmar que a fines de 1852 están ya en Santa Cruz, sitio donde se despertó o mejor dicho, donde empezó a dar muestras, el «talento poético» de nuestra joven amiga.

Hemos averiguado tras un paciente y detenido trabajo que estaban en Santa Cruz en la indicada fecha porque el anuncio que comen-



zó a insertar «El Noticioso de Canarias» a partir de su número 85 del 18 de diciembre de 1852 no puede referirse más que a doña Angela. Dice así:

«Idiomas  
Francés, Inglés e Italiano»

Una señora peninsular, instruída teórica y prácticamente en las referidas lenguas, cuyo peculiar acento ha adquirido en sus respectivos países, tiene el honor de anunciar al ilustrado público, que proponiéndose permanecer en esta Capital, se dedicará a dar lecciones de los mencionados idiomas, bien acudiendo a casa de las señoritas que gusten favorecerla o bien recibiendo en su habitación a las personas que tengan a bien aprovecharse de sus conocimientos, a hora y precios convencionales.

Vive calle del Castillo, núm. 35.»

Anuncios sucesivos nos enteran de que las señoras cambian de domicilio. El 20 del referido mes y año pasan a la calle del Sol, 50, y «El Noticioso» del 17 de septiembre de 1853 inserta una poesía titulada «Las horas», firmada por A. M. y precedida de esta nota de redacción:

«Damos cabida en nuestro número de hoy a la siguiente composición que nos remite

una señorita residente en esta capital, y de quien ya habíamos tenido el gusto de ver diferentes trabajos literarios favorablemente juzgados por la prensa peninsular».

Bien es verdad que doña Angela es viuda y por tanto, señora, pero las iniciales de la firma son las de su nombre y apellido, las mismas que pone al pie del trabajo en prosa «La Mujer» publicado en «El Noticioso» del 2 de noviembre del citado año de 1853.

En el número del mencionado periódico correspondiente al 14 de diciembre del año últimamente citado, aparece por la vez primera el nombre de nuestra joven poetisa, «V. B. y Mazzini», que escribe quizá su primera composición publicable, «Mi sueño», no recogida en sus poesías en primer término, por cierto. Asistimos, pues, a la aparición poética de nuestra damita que alterna con su madre, ya ducha en los menesteres literarios y la que en diciembre de este último año dedica una «Fantasía» al poeta Manuel Marrero, el joven tipógrafo santacrucero, por su poesía «La estrella de la tarde», usando su nombre y apellidos completo, fineza a la que el poeta corresponde prontamente con sus versos: «Un recuerdo a la poetisa doña Angela Mazzini», publicados en «El Noticioso» del 21 de dichos meses y año.

Ya tenemos a nuestras amigas instaladas en Santa Cruz y relacionadas con el reducido mundillo periodístico. Desde abril del tan citado 1853 viven en la calle de Santa Rosa de Lima, entrando por la de San Felipe Neri, primera casa y en enero de 1854 se han trasladado ya a la Plaza del Pilar, número 17.

Un año después, muy cerca de los veinte, casó la poetisa con el capitán graduado de Infantería, don Gregorio Domínguez de Castro, el 15 de enero de 1855. María del Pilar dice de este caballero: «persona de claro talento y amabilísimas prendas que amaba a su joven y encantadora esposa hasta la idolatría, y que la hizo muy dichosa mientras tuvo la ventura de verla a su lado». ¿Hemos de creer en estas palabras? Recordemos que la estimación de don Amaranto y sus hermanos por Victorina rayaba en «idolatría» también. ¿La idolatría de estos señores y la del señor don Gregorio era la misma? ¡Ay, esas palabras del siglo XIX desprovistas muchas veces de sentido!

Pero, vayamos con tino; veamos si efectivamente don Gregorio Domínguez es persona de «claro talento»; busquemos el dato que nos justifique si es idolatría su amor por nuestra amiga.

¿Quién ha publicado los dos volúmenes de poesías de Victorina bajo el título de «Lágrima»

mas y Flores»? ¿De quién es la dedicatoria de la obra y a quién va dedicada? Don Gregorio Domínguez de Castro dedica la obra de su esposa, «Lágrimas y Flores», el 30 de abril de 1863 a su hijo menor, Leopoldo. Don Gregorio recoge con una ternura devota los versos de Victorina para quien tiene él sobrias, escagas, palabras. Se hace acreedor con esto de nuestra simpatía; no escribe en estilo hueco y grandilocuente; no habla de idolatría, sólo cuenta a su hijito de tres años cómo su madre le cuidaba con fervor, a una criaturita que, presa de la fiebre—la horrible fiebre del 62—acabó por sanar mientras ella, cuando se disponían a dejar la capital, se vió obligada a guardar cama el 24 de octubre... Después escribe don Gregorio—adivinamos con cuánto dolor...—: «El día primero de noviembre a las tres de la tarde...»

Decididamente, exactas son las palabras de María del Pilar que pusimos en duda. Observemos sólo dos expresiones únicas que don Gregorio escribe de Victorina; una se refiere a los brazos de la poetisa que eran «tiernos y débiles» y la otra, ¡ay, la otra! es la más pura y a la par contenida expresión de amor: «aquella delicada sensitiva»...

Aquella delicada sensitiva que hacía de la

amistad su más bello culto, Dedicaba a su esposo con motivo al cumpleaños de éste una habitual composición poética alusiva. En 1857, por el mes de mayo—el mes que don Gregorio cumplía—cantará Victorina todas las bellezas, pero por encima de ellas la más grata para la poetisa es la que le permite «en dulce acorde saludar tu día».

Victorina cantará poéticamente a María del Pilar Sinués, en diciembre del mismo año, que en Santa Cruz vió a su esposo por vez primera, que allí se casó... «y la tórtola blanca y extranjera—suspiró de placer viéndose amada».

En 1858, también por idéntico motivo, Victorina dirá a su esposo: «Tu amor es mi ilusión». Quisiera nuestra amiga «la cadencia de un ángel» para cantar a su compañero; su cariño por él, es «halago de candor», «casto como la brisa», tan puro, como la «esencia de una rosa virginal». De 1859 no encontramos ninguna composición dedicada a cantar este puro amor, pero sí en 1860. Victorina dice en una octavilla que, aunque todo se extingue y pasa, ¿qué importa si él guarda su «inextinguible ilusión»?

En diciembre de 1861, la poetisa cantará sus desengaños del mundo, de la amistad—cosa rara—para terminar en alabanzas al amor que ansía del esposo; sin él nada creè;

a él sólo desea y sin él prevé—son sus palabras—que no «puede existir». La ternura de antes se trueca en gesto apasionado ahora y por último, en el año de su muerte, el 1862, cantará por la vez postrera en aquel mayo a su marido que sufre quizá alguna angustia:

con dulcísimo sonido  
como un eco bendecido,  
que disipe tu dolor,

Ella titula su composición «Amor y esperanza». Tiene fe que en la cara de su esposo brille alegría,

y se aleje la agonía  
de tu amante corazón,

Tiene fe en que Dios la oirá; no lo duda un momento; está nuestra amiga llena de esperanza, pero ¡ay! ¡qué cerca le aguarda la malaventura! (1).

---

(1) Ignoramos hasta ahora el año en que murió don Gregorio Domínguez. Dos años después de haber muerto su esposa figuraba en la directiva de la Sociedad «La Aurora» y en 1872 la revista «El Amigo del País», de Santa Cruz de Tenerife, anunciaba en su número 4, de abril, la obra de don Gregorio, «La Clave. Principios teóricos elementales de Música». Era este caballero tío materno de do-

«La hermosura de su exterior—escribe María del Pilar de Victorina—correspondía a su belleza moral e intelectual: era blanca como el nácar y levemente sonrosada; su estatura era alta y esbelta; su figura bella, delicada, tenue, vaporosa, ligera, casi diáfana: tenía los cabellos blondos con ráfagas de oro, largos, espesos y sedosos que adornaban su frente ancha y tersa. Sus ojos, que eran lánguidos y rasgados, no tenían color fijo y los tenían todos, porque eran garzos y según la luz que recibían así se presentaban. Sus

---

ña Carmen Poggi y Domínguez, conocida dama santacruzera, emparentada con los actuales Poggi de Santa Cruz. Por referencias familiares que me ha remitido mi respetable amigo don Leocadio Machado López, he sabido algunos datos de los hijos habidos en este matrimonio: Leonor, fallecida en Jaca; Sofía, muerta en Santa Cruz; José, que fué actor cómico en Madrid, y Leopoldo, que vivía hasta hace poco en Zaragoza de general de Caballería de reserva. Este último tiene un hijo, llamado también Leopoldo, que es médico militar. No he podido averiguar más noticias que, aun cuando secundarias, siempre satisfarían la curiosidad de alguna persona que, como la mía, se entretiene en cosas mínimas.

pestañas eran largas y muy hermosas y sedosas sus cejas.

Tenía la boca de coral, pequeña, noble, candorosa y muy severa; su voz era muy dulce, y su risa tan infantil, que se asemejaba a la cadencia del ruiseñor en una noche de estío; tenía la mirada muy dulce y atractiva, pero de una severidad irresistible cuando algo la ofendía o le chocaba. Cuando andaba más bien que pisar, parecía deslizarse.

Su trato franco y amable la hacía en extremo simpática, y el que lograba que le dispensase amistad quedaba encantado de su dulce correspondencia».

¿Será este un retrato exacto de nuestra amiga? No hará María del Pilar «literatura» solamente? «Bella, delicada, tenue, vaporosa, ligera, casi diáfana», ¿no son demasiados adjetivos? ¿no son los epítetos poéticos que se prodigaba a las damas por entonces? «Su tez—escribe Gustavo Adolfo Bécquer de una mujer poética—era blanca, pálida y transparente como el alabastro de la estatua de un sepulcro». Blanca como el nácar o el alabastro, incorpórea, vaporosa... Lenguaje literario del romanticismo; adjetivos de tipo ideal de mujer ochocentista, pero ¿por qué no iba a ser la blancura de nuestra amiga como la del nácar? ¿Qué inconveniente vamos a tener en que fueran garzos sus bellos



ojos y tenue, vaporosa y casi diáfana su figura?

Todavía dice algo más de ella María del Pilar: «Amaba hasta el idealismo, pero no era exagerada ni romántica», y más adelante: «amaba hasta el delirio, pero no se entregaba a grandes demostraciones exteriores». Victorina era, pues, sobria en la expresión de sus sentimientos y algo muy importante: «no era romántica». ¿Por qué dice esto María del Pilar Sinués? No olvidemos que la biografía está fechada en Madrid en febrero de 1863. En 1863 ya la palabra «romanticismo» no está en boga; ya no se cotiza la mágica fuerza que a su conjuro se valoraba treinta o veinte años antes; la palabra comenzaba a pasarse de moda, por eso la rechaza María del Pilar; pero no, una criatura como Victorina Bridoux no podía hacer más que poesía romántica, aunque ella personalmente no fuera una mujer romántica. Vivía el mismo instante poético de aquella otra persona de su misma edad casi y que por los mismos años que ella, también dejó Sevilla para siempre; me refiero a Gustavo Adolfo Bécquer, poeta alojado en la vía crucial del romanticismo y del realismo; así, el romanticismo poético de Victorina Bridoux es también de tono menor, pero su lenguaje generacional es el romanticismo, como

románticos son los temas y metros de sus composiciones.

Aquella «delicada sensitiva», como rezaba la expresión feliz de don Gregorio Domínguez, «se durmió en su tumba» a los veintisiete años, víctima de la fiebre amarilla, cuando se disponía con su familia a abandonar Santa Cruz. La isla, «los peñones», como decía poéticamente, debieron ser para ella lugar de reclusión y el mar, dogal torturante que le traía la brisa lejana de sus amadas playas andaluzas. Poco antes de morir, cantaba angustiadamente:

Yo quisiera volar, volar ligera  
dejar montes atrás, islas, vergeles  
... ..  
y gritar desde el mar: ¡oh, patria mía!

Pero las islas hicieronla su presa y aquí apagó su voz para siempre la «tórtola extranjera». Ella ponía su nostalgia y su sed infinita de la tierra andaluza en estos versos:

Yo, cual las aves de sentido canto,  
he llorado al cantar males de ausencia,  
y al derramar mi dolorido llanto,  
sentí debilitarse mi existencia...  
Mas ya cantar no sé; la golondrina  
quiere tornar a su lejano nido,

y el ave, que vagaba peregrina  
quiere buscar lo que miró perdido...  
¡Dejadme por favor, harto he cantado!  
Basta de flores, de ilusión, de galas;  
mi canto en estos montes he grabado:  
¡Dejadme entonces desplegar mis alas!

Pero los montes, la mar, la tierra de las islas tuvieron envidia de la lejanía andaluza. Aquí le habían nacido sus hijos: Eloísa, Sofía, Leopoldo, de seis, cinco, tres años y el chiquitín, José, de ocho meses, cuando la «sensitiva», prisionera de la tierra isleña, muerta de nostalgia, muerta de cantar, se durmió en un sueño infinito. En el mes de octubre entona su canción de cisne que titula «Plegaria», poética oración de ruego al Altísimo para que cese la horrible epidemia que asolaba la capital. Ni las islas, ni la tierra la dejaron partir; no oyeron su canto, como no lo oyó tampoco el Altísimo. Y voz sin eco, se apagó en soledad «aquella delicada sensitiva». Fué el día primero de noviembre, a las tres de la tarde...

✕

El teatrillo de la calle de la Marina donde en 1839 estrenó José Plácido Sansón su drama «Elvira», el drama decisivo de la gene-

ración romántica isleña que fué nuestro «Hernani» o nuestro «Don Alvaro», aunque inspirado en García Gutiérrez, el teatrillo aquel, repetimos, no sirve ya para la villa de Santa Cruz, que a partir de 1850 cobra un impulso progresista. Por eso, en lo que fué después casa de Villalba, en la Plaza de la Constitución, se levantaron los cimientos del que había de ser nuevo teatro santacrucero; mas, estaba reservado vencer a la tercera vez y, comprado y demolido el antiguo convento dominico en 1849, se levantó en el mismo lugar—dice Poggi en su «Guía»—el actual teatro de la capital. Mucho ayudaron a su pronta construcción los donativos de los isleños que vivían en Cuba y al fin, el domingo, 26 de enero de 1851, se inaugura con la representación del drama «Guzmán el Bueno».

«Nuestras bellas—decía «El Avisador de Canarias»—lucían sus gracias y elegantes trajes y adornos, lo mismo en localidades de palcos que en sillones, lunetas y asientos, despidiendo sus centelleantes miradas en medio de la sociedad más escogida, y creyéndose transportadas a una capital de primer orden.»

Ignacio de Negrín estrenará en mayo su drama en verso «El Conde de Villamediana»

y el poeta Romualdo de la Fuente la pieza «La coqueta y el soldado».

En 1852 la compañía de D. Domingo Mendoza estrena varias obras de José Desiré Dugour: la pieza teatral titulada «El hombre propone y Dios dispone» el primero de Noviembre; el drama en cinco actos y en verso, «Tenerife en 1492», el 19 del mismo mes y el 26 estrena la compañía dos obras del citado autor: «La Reina Faina», drama en cuatro actos y el juguete titulado «Agencia matrimonial».

En 1853 también actuó en nuestro teatro la compañía de la Sra. León, el Sr. Mendoza y su esposa la señora Castillo. Al año siguiente sigue la compañía en Santa Cruz, pues lo corriente en aquellas épocas era que una compañía estuviese actuando un invierno con su primavera detrás. Este último año la señora doña Dolores León trabaja con el primer actor D. Lutgardo Fernández Gómez, que organiza la compañía a fines del mismo año, para lo cual va a la Península y trae nuevos actores y el trabajo de los cómicos, de estos pobres seres que arribaban en barco de vela a nuestros peñascos en una esquina del Atlántico, fué pronto compartido con el de algunos aficionados santacruceros. Las compañías de teatro agitaban el sedimentado vivir cotidiano

de aquel tiempo y las actrices y los actores interesaban a la sociedad provinciana de ambos sexos que sentían removidos sus espíritus al contacto de los que arribaban del exterior, «de fuera».

Cuando la señora León puso en escena «María o la hija de un jornalero», el joven poeta isleño José Benito Lentini y José Curbelo Ayala, también paisano, acceden al requerimiento de la primera actriz y trabajan en la obra «por amor al arte». Es probable que los cómicos en el largo tiempo que las compañías residían en islas, no estuvieran mucho juntos y bien avenidos y que la dispersión fuera un hecho. La señora León se vería necesitada de personal y nuestros aficionados locales mariposearían en torno a aquellas luces que venían del mar como los pájaros negros de la infanta Dácil y hasta la señorita Eloísa Pérez, ilustrada profesora y correcta poetisa, desempeña airoosamente el papel de Aurora en la obra de Eguilaz, «El Caballero del milagro», que la citada compañía representa en marzo de 1855.

Pero lo que nosotros nos interesa es la actuación local de la Sociedad Dramática de aficionados que, fundada con fines benéficos, prestó grandes servicios al arte y a los menesterosos. El primer presidente de la Sociedad fué don José Desiré Dugour, profe-

sor de primera enseñanza que regentaba el grado elemental de Santa Cruz de Tenerife y como secretario y tesorero a José Benito Lentini y Eduardo Calzadilla, respectivamente.

El público que asistió a la función inaugural de la noche del 22 de octubre de 1854, quedaría sin duda admirado de la destreza con que los jóvenes aficionados representaron la segunda parte de «El Zapatero y el Rey», de Zorrilla. Alguna damita sentiría latir emocionada su corazón ante la apostura de Eugenio Cambreleng, que hacía de don Enrique y admiraría la hermosa voz del poeta Chamorro y Olmos, residente entre nosotros, en su papel de don Pedro.

El papel de Inés lo desempeña nuestra amiga Victorina Bridoux y su madre, doña Angela, el de Juana. He aquí lo que dice un periódico de la época de esta notable función:

«El diálogo del primer acto entre Inés y Juana, fué natural y bien sostenido, y el que tuvo lugar entre Inés (la señorita Victorina) y el capitán (el señor Lentini) no dejó nada que desear. Pero en donde esta señorita se excedió a sí misma, en donde interpretó con verdad y valentía los sentimentales versos del fogoso poeta, fué en las escenas del tercer acto, en que pobre prisionera demanda la libertad a su antes tan ren-

«ido amante, quien sacrificando el amor a la gratitud y deber de buen vasallo, se halla convertido en su indoblegable carcelero. Repetidos aplausos dieron a conocer cuán complacido se hallaba el público y cuán bien sabía apreciar el mérito artístico que la adornaba.»

La función termina con la piecesita «Dos y ninguno», que representan airoosamente todos, y en noviembre la Sociedad pone en escena «Flor de un día», de Camprodón, en beneficio de la Milicia Nacional.

He aquí lo que dice el mismo periódico: —el «Eco del Comercio»—refiriéndose a Victorina Bridoux:

«No nos es posible seguir paso a paso el argumento del drama, de suyo encantador por la magia del verso y lleno de sentimiento y melancólica tristura. Pero sí, referiremos a nuestros lectores cuán a lo vivo dibujó la señorita Victorina Bridoux los encantadores rasgos de la pobre Lola llena de gracia y candor en el prólogo, cuando aún no ha sonado la hora del remordimiento; después triste, llorosa y afligida, que no desea luchar contra su destino y que sólo se rebela ante el desprecio de su esposo el marqués. Todos estos distintos caracteres fueron interpretados por la citada señorita con ta-



lento indisputable que la admiración del público premió con nutridos aplausos.

Su señora madre, doña Angela Mazzini, se hizo cargo con la amabilidad que la caracteriza del corto papel de Juana, desempeñándolo perfectamente.»

El 12 de diciembre representan los aficionados la «República conyugal», de Rodríguez Rubí, y «El hombre pacífico», de Bretón de los Herreros. «No podemos menos de congratular—dice el «Eco»—a las dos señoras doña Angela y doña Victorina, así como a don Claudio Sarmiento, que sostuvieron el peso de la pieza cómica del señor Bretón».

En 1857 dirige la Sociedad don José Suárez Guerra y en enero estrena «La Vaquera de la Finojosa», de Eguilaz. «El entendido director Sr. Suárez Guerra—dice también el «Eco»—(Alonso y la estudiosa cuanto simpática señora doña Victorina Bridoux de Domínguez (Catalina) desempeñaron sus difíciles papeles con el mayor acierto. Sería preciso enumerar casi todas las escenas si quisiéramos analizar los momentos felices de estos dos excelentes aficionados y renunciemos a esta tarea; baste decir que ambos son las joyas de nuestro Teatro.»

Pero la Sociedad dramática con la ausencia del director, señor Suárez Guerra, a la Península, languidece. Suárez Guerra no re-

gresa hasta noviembre de este año y ya en mayo de 1858 cobra la Sociedad su primitivo impulso. El domingo, 16, estrena don José Desiré Dugour su drama «Un corazón de otros tiempos».

Si nos acercamos al Teatro la noche del 16 de mayo tenemos la evidencia de encontrar muchas damas y caballeros desconocidos, pero también la de saludar con una inclinación de cabeza si es galán, con una sonrisa afectuosa si es una dama, a muchos amigos nuestros y conocidos. En las butacas, en las lunetas y en los palcos, animado tiroteo de miradas; juegos de abanicos, magníficas «toaletas» e impecables pecheras blancas bajo rostros morenos y barbudos.

Allá dentro entre bastidores, las nerviosas patillas de don José Desiré amenazarían perderse entre los dedos de su dueño preocupado en el último detalle. Eugenio Cambreleng, tan galán siempre, daría el toque final a su corbata y Claudio Sarmiento discutiría en presencia de la señorita Eloísa Pérez un punto del papel que va a presentar con el amigo Savoie, mientras Carlos Miranda se ríe de los dos.

Don Nicolás Power entraría para avisar que la orquesta estaba a punto y se detendría a saludar a la señora doña Angela Mazzini, que presurosa, iba hacia un grupo de jóvenes. La

etiqueta impide toda prisa y durante el tiempo que doña Angela saluda al señor Power que ha compuesto «ex profeso» una pieza musical para esta memorable noche, el grupo de jóvenes da fin a su trabajo: Gumersindo Robayna y Francisco Aguilar fijan la decoración rebelde y recién hecha al paso que Nicolás Alfarro da los últimos brochazos a un portalón de fondo.

La función va a empezar. Don José Desiré y Eugenio Cambreleng aseguran que Victorina Bridoux está bellísima. Y Victorina Bridoux que ha llegado acompañada de su esposo, sonríe amablemente. Cuando Nicolás Alfarro se asomó discretamente para observar al público, divisó allá en la puerta de salida el perfil delgado y agudo de José Benito Lentiní que habría salido a inspeccionar el maravilloso aspecto de sala.

«El Fenix», del 18; el «Eco» del 19, dan cuenta de la representación en términos elogiosos pero ninguno tiene la expresividad del «Instructor» del día 20:

«La señora Bridoux es nuestra sensitiva del drama, y estuvo inimitable en la ejecución de su papel angelical. Inimitable, decimos, porque para trasladarnos caracteres como el que representaba, la señora Bridoux no necesita estudio, no necesita fijar la atención en la menor parte de su cometido: le basta apare-

cer en la escena, pura como un espíritu de las baladas alemanas, delicada y fragante como la rosa del Cáucaso».

La señora Bridoux, pues, poseía unas maravillosas dotes dramáticas que por lo visto heredó su hijo menor, pero ya es hora de que nos detengamos en su obra poética.

**III**

**LA POESIA**

•

«Poesía eres tú».—La amistad, obra poética de **Victorina Bridoux**.—*Dimes y diretes*.—El amor humano y el amor divino.—Presentimiento y nostalgia.—Sentimiento agónico del mar: el aislamiento.—Poesía, «música celestial».—El Angel-mujer.—**Victorina Bridoux**, voz de cisne.—*¡Quiero partir!*.—Las hojas del álbum.

¿Por qué nos parece tan dilecta amiga y aún hoy, una «mujer interesante»? ¿Diremos en estilo ditirámico que la obra poética de Victorina Bridoux es de calidades altísimas e insuperables? No. «Lágrimas y Flores» no es la obra de ninguna poetisa extraordinaria, ni muchísimo menos. Es obra que contiene trabajos estimables, alguna composición de positivo acierto y algunos versos que merecen categoría de tales, pero no hemos de excederlos en alabanzas un punto más.

«En cada línea—escribe José Manuel Romero y Quevedo de la poetisa—está su corazón y este es su mayor mérito». Efectivamente, la obra de esta criatura patentiza y rezuma un hondo valor humano; percibimos de 1853, hasta unos días antes de morir, los acentos, los altos y bajos de la delicada órbita que su vida traza en aquellos años; sus preferencias e ilusiones; su dolor y su alegría. Diríase que esta mujer quería libertarse de

sus actos vitales en sus hechos poéticos. Parecía trocar cuanto tocaba en poesía, en aquella sencilla poesía que ella, tan femenina, sabía hacer: blanda, suave, casera unas veces; sutil, vaporosa y acertadísima, otras.

En párrafos oratorios—no exentos de finura—escribe el citado Romero y Quevedo la aparición poética de Victorina Bridoux:

«Pero cuando en medio de su concierto divino que se llama poesía, pulsa el arpa una mujer y vibran sus arpegios al compás de los acordes de esa armonía sublime, entonces la parte moral e intelectual se revela contra lo material y arrobado el espíritu al sentir tan gratas emociones, cree oír entre el selvático trinar de los ruiseñores, el dulce y melancólico canto de la calandria.»

Un dulce canto de pájaro, armonías de calandria son sus poemas de «Lágrimas y Flores» que en 1863 en dos tomos y en la imprenta de don Salvador Vidal. Santa Cruz de Tenerife, publica don Gregorio Domínguez en un maravilloso gesto de amor y devoción, en un raro gesto de supervivencia poética, eterna, ansiada para una mujer, para una vida que lo natural y vulgar era que interesase a su biografía personal de esposo y a la de sus íntimos.

Las altas calidades del alma nobilísima de nuestra amiga están contenidas en su culto

a la amistad y al amor de los suyos. ¿Cuáles son los amigos que prefiere Victorina Bridoux? «El que lograba que le dispensase su amistad—escribe María del Pilar—quedaba encantado de su dulce correspondencia». Ella tiene correspondencia con notables personas de la buena sociedad de Santa Cruz: Don Juan de la Puerta Canseco; don José Suárez Guerra, por quien siente una «cándida amistad», un «afecto inmutable»; don José Chamorro y Olmos, a quien canta «con fe pura y ardiente—un himno de suavísima dulzura», que es una apología a esa «diosa de sin par belleza» cuyo «dulcísimo nombre es amistad»; el poeta Claudio Sarmiento— «yo reservaré en mi alma—un culto de su amistad»—; don Eugenio Cambreleng; don Amaranto Martínez de Escobar, de quien dice que «jamás ha de olvidarlo», pues encendió en ella la llama de la poesía; don Manuel Suárez, al que escribe: «yo canto a la amistad» y envía violetas que es su flor: «si te place la flor de Victorina—siempre su aroma llevarás contigo»; don Nicolás Negrín—¿qué ocurrió a nuestra amiga en un carnaval con este caballero a quien encarga que olvide su acento y recuerde sólo la alegría: «que ella te diga mi simpatía,—grata memoria del Carnaval»?—; don Juan Lorenzo Ferrer; don José Desiré Dugour, «el poeta complaciente—de ancha fren-



te,—y de apacible ademán», según canta la poetisa; el poeta del mar, Ignacio de Negrín, el «dulce poeta»; María Pérez Moretti, aquella cuyo nombre enlazan las olas con «la más tierna amistad» al de la poetisa; Ana A. de Arroyo; Julia de la Vega de la Torre, la «dulce hermana» a quien «aún te puede ofrecer el pecho mío—tierna mansión donde tu nombre impera»; Adelaida Sarmiento, a quien dedica la composición «Recuerdos de una tarde a orillas del mar» (1):

¿Recuerdas la dulcísima armonía  
de nuestro bello y argentino canto?  
¿Recuerdas nuestra cándida alegría?  
¡Cómo olvidarlo si gozamos tanto!

Solas allí, junto a los pies la espuma,  
ante la vista, soledad, tristeza;  
y entre las gasas de nevada bruma  
¡la bóveda sin fin con su grandeza!

Nombres todos estos que gozaron de aquella su «dulce correspondencia» de amistad,

---

(1) Esta poesía no figura dedicada a dicha señorita en «Lágrimas y Flores». Tomo I, págs. 279-281, pero sí en el «Eco del Comercio» del 27 de abril de 1861, donde se publicó.

maravilloso sentimiento del que ella supo hacer su mejor obra poética.

A mediados del siglo pasado estaba en auge el uso del famoso álbum en el que se recogían autógrafos de las personas más ilustres de la localidad y de aquellos forasteros que lo merecían a juicio del dueño. ¿Quién no tenía su álbum en aquella fecha? Victorina Bridoux escribió más de una docena de veces las páginas del álbum de un distinguido o distinguida, con todo gusto como con todo gusto felicitaba en una octavilla o ser-ventesio a un querido amigo o amiga que celebraba su onomástica. Nosotros imaginamos que por la tarde, en casa del homenajeado u homenajeada se haría música; alguna muchacha cantaría una romanza, quizá a duo con un galán, y sin duda ninguna todos callarían después para oír con arrobamiento, con un delicioso placer, la voz armoniosa de Victorina Bridoux que recitaría algo suyo o un poema del poeta de las flores, don José Selgas o quizá alguna traducción del «Manfredo» de Lord Byron.

Su marido, sus hijos Leonor y Leopoldo, sus tíos Antonio y Rosa Mazzini, su madre— casi todos los agostos—, tenían el testimonio poético de esta criatura afectiva y sensible que alentaba al niño Teobaldo Power en oc-

favillas (1); que escribía una elegía en la muerte de la poetisa Fernanda Siliuto; versos de admiración por José Selgas o la poetisa peninsular Angela Grassi, la de «la voz sonora» o al poeta palmero Antonio Rodríguez López, a quien sin conocer personalmente llama hermano:

«explicarme no sé porque me inquieta  
el tierno impulso de llamarte hermano.»

Pero el alma que vibró siempre en el corazón de nuestra «delicada sensitiva» fué la de María del Pilar Sinués, amistad que surge una y otra vez y otra y muchas, en sus composiciones. Victorina habla también de una amiga de la edad primera (véase su poema «A Sevilla», pág. 63, Tomo I) y a ella hace alusión en «Los ecos de mi amistad», dedi-

---

(1) Power se había revelado en una de las «soirées» artísticas que solía dar en su casa don Nicolás Alfaro, tocando música de Thalberg, según afirma el «Eco del Comercio»; tenía diez aquel año cuando en septiembre de 1858 da un concierto público de despedida, pues su padre marchaba destinado a la Península. Es a raíz de este concierto cuando Victorina Bridoux escribe su composición: «Al niño artista don Teobaldo Power» que publicó «El Guanche» del 20 de septiembre de 1858.

cada a María del Pilar, composición autobiográfica, cuando se refiere a una amiga de la infancia «Elisa virginal» (1) que la adoraba, para continuar:

Entonces yo creía,  
que en ella mi amistad se concentraba;  
tu acento no escuché, bella María,  
pero en mi sueño de candor te amaba.  
Tu afecto presentí, como presienten  
el céfiro natal de sus confines  
las golondrinas que arrobadas sienten  
su pluma estremecer en los jardines.

En las horas de su mayor tristeza y nostalgia, el recuerdo de aquella alma ausente que debió sentir la suya le viene al corazón cuando el presentimiento le dice que no la verá más. «Adios, por siempre adios, amiga mía», se llama otro poema. El titulado «La Paloma» está también a María dedicado; la paloma es ella misma;

(1) En «Lágrimas y Flores», Tomo I, pág. 71, escribe «Elisa», nombre poético que encubre el de Amalia, que es el que apareció en «El Fénix» del 2 de enero de 1858 donde publicó tal composición, «Los ecos de mi amistad». Amalia es sin duda Amalia Domingo,

la paloma que en el ausencia  
con dulcísimos acentos  
te remite con los vientos  
salutación matinal.

Esta paloma que «por tu ausencia delira»,  
se referirá también a María en la composi-  
ción que sigue—repassando la obra ordenada-  
mente—, «La historia del corazón»:

¿Deseas, di, que cante?  
¿Anhelas que dulcísima levante  
mi lira su clamor?  
¿Te halaga su gemido?  
Al escuchar mi acento dolorido  
¿Lo acoges con amor?  
  
... ..  
¿Pagarás mis endechas, di, María,  
con dulce sonreír?

Esta «dulce hermana» inspira asimismo  
«Un beso y una lágrima», siempre recuerdo  
de aquella despedida que fué: «Un adios  
como un arrullo—de tórtola enamorada».  
Victorina terminará diciendo con tranquila  
resignación:

Y tú en mis costas queridas  
y yo en mis playas amadas,  
lanzaremos confundidas,  
por los vientos repetidas,  
nuestras voces separadas.

¿No será quizá María la compañera de «El paseo» que ciñe su talle defendiéndola del cansancio y que lee en sus ojos... tantas cosas? ¿No es a María a quien pregunta?:

¿Qué más dicen mis pupilas?

—Intranquilas,

en su infinito color

miro siempre la memoria...

¿De una historia?

—De perfumes y de amor,

Claro que en las horas de angustia, de refugio en el amor de su madre y en el de Dios, a quien se acerca más cada día, presintiéndole puerto de su arribada, dudará un instante de los sentimientos humanos, pero curioso es que, pasando todo esto, diga en junio del 61: «No hay linajes, no hay distancias que no salve la amistad» y, «La amistad es soberana—de este universo encantado... es la estrella bendecida—de un hermoso amanecer»...

Ya en el volumen segundo de su obra se entregará a «Reflexiones» ante el retrato de María del Pilar y en marzo del 62 le dirá en «Un recuerdo de amor»:

¿Si conservo mi ilusión?

Traición

fuera llegar a olvidarte;

¿Cómo podré no adorarte  
si te guarda el corazón?  
¿Si dejaré de pensar?

al mar,  
a la luna y a las flores  
que igualen a mi pesar!  
¿Si dejaré de sentir?

Vivir  
anhelo sólo por verte  
ni dejaré de quererte  
cuando deje de existir.

¿Quién podrá ser la persona a quien dedica esas cuatro composiciones, una de ellas—«El Aura»—la mejor que salió de su pluma, en estas dos palabras: «A tí»...? Victorina Bridoux encontró en su vida ese término del diálogo humano que se condensa en un «tú». La segunda persona de su coloquio no puede ser más que aquella a quien ve en el mar y en las flores y en las cosas todas que forman el mundo de sus canciones; por eso dirá al suspiro que sale de su pecho:

«Vuela, suspiro ligero y blando  
vuela, vuela risueño  
donde te mando.  
Mas no te vayas  
porque están muy distantes  
las otras playas.»

Y más adelante:

Le dirás que la veō constantemente  
en la luna que alumbra,  
resplandeciente,  
en los jazmines,  
en al aura ligera  
de los jardines.

En la segunda composición «A tí...» dedicada, el suspiro es ahora un «¡Ay! del corazón»:

¿No escuchas un gemido  
que vive moribundo y confundido  
entre el rumor del mar?

Nótese el carácter exactamente poético de esta amistad, esto es, de factura o hechura; María del Pilar y Victorina no se volvieron a ver desde la adolescencia; era, pues, la suya una pura amistad sin presencia, fabricada, que no necesitaba de la figura para ser; es más, me atrevería a decir que la condición de ausencia y lejanía constituía el ingrediente natural de la existencia de tan poético sentimiento.

En la tercera composición aludida, «Desengaño. A tí.», la poetisa se admira de que su amiga vea en ella un patrón de altas calidades:



¿Por qué la lumbre de mis garzos ojos  
te recuerdan la luz de otras regiones?

y termina confiándole esa agonía de su corazón, esa voz misteriosa que era a modo de un «demonio griego», el presentimiento de su muerte, aunque la ilusión de sus años en flor le haga tener fe en el amor de los suyos y en la amistad que es para ella «flor nacida entre eriales».

Muy buena amistad debió tener sin duda con la señorita Amalia Domingo Soler, también poetisa, natural de Sevilla, que firmó en nuestros periódicos locales algunas de sus composiciones bajo el seudónimo de «Lelia».

Ya el poeta Manuel Marrero, fallecido en 1855, había dedicado una composición a la señorita Domingo, residente a la sazón en Sevilla y a la que conocería literariamente y por referencias sin duda de Victorina Bridoux y su madre. Amalia publica alguna poesía en «El Fénix de Canarias», de Santa Cruz, en junio de 1858 y en febrero de 1861 el «Eco del Comercio», en su número 918, presenta a la señorita Domingo como poetisa que ha abandonado Sevilla al morir su madre y publica una composición de la misma titulada «La sombra de mi madre» y dedicada «A mi querida hermana-amiga la señora doña Victorina Bridoux y Mazzini de

**Domínguez**. En dicha composición se refiere a la pérdida de su madre y a la tierna acogida que le ha prestado Victorina, su amiga de la niñez.

En marzo, abril, mayo y junio de este año de 1861 publica la señorita Domingo varias poesías. Algunas se refieren a «Florinda» y a «La Dama de las Flores», seudónimos de Victorina, con grandes muestras de cariño. También la señorita Domingo tiene sus discreteos literarios con el poeta del Puerto de la Cruz, Aurelio Pérez Zamora.

A su vez Victorina Bridoux, aparte las alusiones citadas, le dedica las composiciones tituladas: «Un suspiro» (que no aparece dedicada en «Lágrimas y Flores», Tomo I, pág. 33-35, pero sí en el «Eco» del 20 de febrero de 1856); «El Ángel que yo adoro» (tampoco dedicada en su obra, tomo I, pág. 75-78, pero sí en «El Fénix» del 21 de noviembre de 1857); «A Lelia. Contestación». (Obra citada, tomo II, pág. 37-41 y el «Eco» del 6 de julio de 1861); «La flor de mi esperanza» (Ob. cit. T. II, pág. 67-69 y el «Eco» del 16 de marzo de 1861). Victorina alude también a esta amiga en la composición en cuatro partes «¿Quién son ellos?» (Ob. cit. Tomo II pág. 79-90 y 101-103 y «El Guanche» del 6, 12 y 21 de diciembre de 1861).

En esta composición, Victorina sostiene con su amiga un diálogo poético. «Lelia» incita a «La Dama de las Flores» a que dé la solución al problema de dos rivales que adoran a una misma dama. («El Guanche» del 21 de octubre de 1861). Victorina, que ha planteado primero el problema, responde ahora que conoce a la dama, pero no a los rivales (Idem del 6 de noviembre). Describe las bellezas de la dama (Idem del 1 de diciembre), pero «Lelia» no desea conocer la belleza de la dama sino la historia de amor y la lucha de los rivales (Idem del 11 de diciembre). Victorina termina afirmando que la dama eligió al «sombrio desterrado», aunque muchos pensaron que obró mal (Idem del 21 del mismo mes). Es probable que en esta historia anduviese alguna anécdota encubierta.

Es casi seguro que la señorita Domingo Soler estuviera en Santa Cruz todo el año de 1861 a partir del mes de febrero y conjeturamos que la aludida composición, «Desengaño. A tí» (Ob. cit. Tomo II, pág. 43-45) pudiera muy bien referirse tanto a ella como a María del Pilar.

A partir de 1861 la presencia de la poetisa sevillana no deja rastro e ignoramos si regresó a la Península y la suerte de su amistad con la de Victorina Bridoux. Nos extra-

ña que al morir ésta, la señorita Domingo no diera señal alguna de vida y sentimiento, y el hecho de que en «Lágrimas y Flores» se suprimieran las dedicatorias de Victorina a ella y que el nombre de Amalia fuera sustituido por el de Elisa. No podemos hacer más que conjeturas, pero es posible que la presencia destruyera una amistad poética.

Otra amistad que impresionó vivamente el alma de «aquella delicada sensitiva» fué la de la señorita Felisa Martínez de Escobar, hija de don Bartolomé. Fué en el verano de 1860 cuando nuestra poetisa estuvo en Las Palmas, ciudad que también canta. Los montes de Tafira y aquella «imagen de amor y simpatía» que le inspiran una «ternura santa» conmueven su ser de estremecimientos sutiles. En julio de este año, fecha su poema «Adiós a la ciudad de Las Palmas» (Ob. cit. Tomo I, pág. 213-215). Al siguiente año vuelve a dedicarle en junio «Un recuerdo. A la ciudad de Las Palmas de Gran Canaria» y dedicado a la señorita Martínez de Escobar:

Parece que era ayer cuando anhelante  
pisé tu suelo por la vez primera.

¿Cómo olvidar a Las Palmas—se pregunta—si halló en esta ciudad «duplicada vida», «amistad serena»? Mirando la belleza del pai-

saje en grata compañía ignoraba aún: «Lo que mi pecho para tí guardaba»:

¿Te acuerdas, dí, de las trocadas flores  
cogidas en los montes de Tafira?

Después terminará diciendo:

Y quiero recordar, al recordarte,  
esas Palmas benditas, cimbradoras;  
yo quiero recordar, para adorarte,  
¡que fuistes tú la luz de aquellas horas!

(Ob. cit. T. I. págs. 293-296)

Todavía el año mismo de su muerte dedicará otro «Recuerdo a la ciudad de Las Palmas», a Felisa Martínez de Escobar:

Dos años han pasado, llevándose en sus alas  
ensueños juveniles de cándida ilusión...

... ..

¿Te acuerdas que mi frente sellastes con un beso?  
¡Pasaron ya dos años! ¡Y aún pienso que fué ayer!

«Yo recuerdo con gozo aquellas horas»,  
cantará la poetisa que piensa—¡qué más hubiera ella querido!—alejarse de estos mares,  
pero que a pesar de su marcha posible, su corazón será siempre su corazón:

¡Y tú, mi dulce hermana, no temas que la ausencia  
desate el tierno lazo que estrecha ya a las dos;  
tu afecto forma parte tal vez de mi existencia,  
¡y el mundo no divide las almas que une Dios!

Era verdad. La ausencia otra vez era el ingrediente de la amistad limpia, de la amistad poética. Y ya no cantó más a la ciudad que sólo en sueños pensaba volver a ver. Nosotros no sabemos si en junio de 1863, muerta ya la pobre Victorina Bridoux, la señorita Felisa Martínez de Escobar (1) allá en Las Palmas o en los bellos montes de Tafira, sentiría entre la brisa las notas poéticas de un tercer «Recuerdo» que el corazón ausente de Victorina le enviaba—¡Dios sabía desde dónde!—, pero quizá se lo enviara desde su mismo corazón...

¿Quién eres tú, «Manfredo»? Ando a la caza de tu cédula personal—¡oh, «inspirado vate»!—y parece cómo si te ocultaras de intento y quisieras burlar mis dotes policíacas, ya que los que hacemos pinitos de investigaciones literarias, tenemos mucho de sabuesos profesionales, de lince comisarios de las letras que suspiramos de gusto aprisionando

---

(1) Según se desprende de la lectura de una poesía de don Amaranto a «La hermana de la Caridad. Recuerdo a mi hermana Felisa» y en nota al pie, esta señorita falleció en Cartagena de Hermana de la Caridad, víctima, al parecer, de una epidemia como su amiga. Véase Amaranto Martínez de Escobar: «Poesías», Gáldar, 1932, Pág. 230.

«el cuerpo del delito» en una partida de bautismo o en un manajo de documentos y fechas. Claro está que nada saben los comisarios que averiguan el número de hijos de Lopé de Vega o las facturas que dejó sin pagar Espronceda, del proceso interno de un alma y por eso los «eruditos» suelen conformarse por pereza, como decía Unamuno, con poder encasillar perfectamente en la vitrina la ficha real o papeleta de la pobre víctima.

¿Qué más da que seas tú tal o cual conocido poeta o tal o cual personaje, «Manfredo», si estás ahí, detrás de tus versos a «La Dama del Lazo» y requieres una y otra vez a nuestra amiga que, con femenino primor, coquetea literariamente contigo?

Tú y ella os traéis un fino discreteo desde 1857 y a nosotros nos basta con veros bailar ya una polka, ya una mazurka, ya un rendido y cadencioso vals entre los dimes y diretes de vuestros versos que no sabemos si maliciosamente leería alguna damita de sobremesa o comentaría cualquier chicharro socarrón en la Alameda...

Si «La Dama del Lazo», nuestra Victòrina, escribe sus «Impresiones de una noche de luna», «Manfredo» bajo esta sugestión escribirá sus «Impresiones de una noche oscura», dedicadas a la poetisa («Eco del Comercio» del 5 de abril de 1857), que pronto

replicará en sus «Impresiones de una noche clara» (Idem del 12):

¿En tu triste noche oscura  
de pavora  
ni una estrella te alumbró?

dice Victorina a este galán que, como nosotros, ignora quién sea, pero intentando mitigar su pena.

Cuando la poetisa publica «Hojas perdidas», «Manfredo» contesta con sus «Hojas halladas» (Idem del 15 de marzo) y ella en la composición que le dedica, dirá:

¿Por qué mi pecho de placer suspira  
al escuchar tus mágicas canciones?

y le pregunta quién sea, si la imagen de su sueño, el eco de su voz, genio de su mente o ruiseñor canoro:

Explicame tu ser que no comprendo;  
pulsas de nuevo para mí tu lira;  
en tus versos dulcísimos entiendo  
que mi triste cantar también te inspira.

... ..

Te quiero conocer, dime si eres  
idealidad no más; habla Manfredo,

Ignoramos si «Manfredo» contestó la pregunta; es posible que algo dijera a su ami-



ga poética la cual, mucho más adelante, co-  
queteando finamente, le escribe:

Este lazo misterioso  
con que enlazarte quisiera  
no es un lazo de hechicera  
ni de algún silfo amoroso;  
guarda este lazo precioso  
de la recatada dama  
sólo un recuerdo que inflama  
las cenizas de su amor  
y es tan vario su color  
como el color de la llama.

(«El Fénix de Canarias» del  
16 de enero de 1858).

Por cierto que a continuación, «Florinda  
(La Dama del Lazo)»—según firma— es-  
cribe éstas seguidillas:

A la Dama del Lazo  
se le ha perdido  
una cinta encarnada  
de su prendido.  
A quien la hallase  
quedará agradecida  
si la entregase.

Y entonces «Norma»—ignoramos quién se  
esconde en este seudónimo—contesta:

La cinta que has perdido

yo la he encontrado;  
 si quieres que la entregue  
 dame el hallazgo,  
 Por ella pido  
 de tu hermoso cabello  
 un blondo rizo,  
 y cumplido que sea;  
 pido, a más de eso,  
 que me des un abrazo  
 y un tierno beso,  
 Si te conviene  
 dándome las tres cosas  
 aquí la tienes.

(«El Fénix de Canarias», del  
 26 de enero de 1858).

Es notablemente curioso el sentido poético de la vida que profesan estas promociones románticas; poetizan los actos más mínimos e inversamente, le dan a la ficción apariencia real. No entenderá el sentido poético de esta época quien, pasándose de listo, sospeche una verdad encubierta en estos diálogos y directos de amor, por ejemplo, que nos ofrece la «Dama del Lazo» y «Manfredo». Se trata de un mero discreteo o torneo literario y los que se requiebran no son Victorina Bridoux y la persona real que fuese «Manfredo» sino los personajes poéticos, de ficción, «La Dama del Lazo» y «Manfredo».

De ser lo primero verdad —«de verdad», como dicen los niños, grandes catadores de realidad y ficción— ¡qué hubiera dicho y hecho don Gregorio!... Y sobre todo que, de ser verdad, ninguno de los dos hubiera publicado verso alguno. Las cosas ciertas son las que se encubren al paso que las ficticias son las que suelen mostrarse a la luz del día.

«Manfrédo», bastante más tarde, dirigē una composición a la poetisa aconsejándole que no busque formas peregrinas en el cielo aunque en la tierra no haya placer («Eco del Comercio» del 19 de junio de 1858) pero ella insiste en las preferencias a su mundo de poética ilusión, ya que la realidad no ofrece más que «tristeza y decepción».

«Manfrédo» asegura, en cambio, que su amor es terrenal y que admira a la poetisa por la esfera ilusionada en que vive (Idem del 7 de julio). Ella dirá al poeta:

Dichoso tú, que hallaste en la materia  
mil goces de terrena perfección;  
mas yo que profundizo su miseria  
prefiero la ilusión.

«Manfrédo» continúa el discreto con unos sentidos versos de tristeza por un amor no correspondido y de admiración siempre a la

poetisa que vive en tan delicado mundo (Idem  
del 4 de agosto), y ella la preguntará:

¿Eres silfo ligero que por la noche,  
de la flor campesina  
duerme en el broche?  
Habla, responde:

el Manfredo que llamo;  
¿Por qué se esconde?

¿Eres aura de paso que va liviana  
a dejar sus gemidos en mi ventana?  
Habla, responde:

el poeta inspirado  
¿Por qué se esconde?

¿Eres ave extranjera que temerosa  
en la selva derrama  
su voz medrosa?  
Habla, responde:

el Manfredo que llamo  
¿Por qué se esconde?

¿Eres la mariposa que va libando  
y en su beso de amores  
la miel dejando?  
Habla, responde:

el Manfredo que llamo  
¿Por qué se esconde?

¿Eres tú la esperanza que del regazo  
de una ninfa hechicera  
cayó en mi lazo?  
Habla, responde:

el poeta inspirado,  
¿Por qué se esconde?  
¿Eres humo impalpable que el viento orrea  
y a mi lado reposas  
sin que te vea?  
Habla, responde:  
el Manfredo que llamo  
¿Por qué se esconde?  
¿Eres sólo delirio de mi poesía,  
o el eco de mis ecos  
que respondía?  
Habla, responde:  
el poeta inspirado  
¿Por qué se esconde?  
Si eres silfo ligero, aura liviana  
que dejas tus suspiros  
en mi ventana,  
habla, responde:  
el Manfredo que llamo  
¿Por qué se esconde?

(«El Fénix de Canarias del  
17 de septiembre de 1858»).

El poeta contesta:

¿Por qué me llamas, niña, si tu albedrío  
con misterioso encanto  
me traba el mío?  
Sí... no te asombres  
han absorbido mi alma  
tus perfecciones.

¿Por qué me tiendes, sílfide, tan dulce lazo  
si mi corazón tienes  
en tu regazo?

.....  
Y ese cuello de cisne y esa garganta  
esa tez transparente  
que al alma encanta  
son... —no te asombres—,  
un divinal conjunto  
de perfecciones.

Pero no soy el sílfo que en tu ventana  
va murmurando un nombre  
al aura vana;  
soy... —no te asombres—:  
un loco que idolatra  
tus perfecciones.

(«El Fénix», del 24 de sep-  
tiembre de 1858).

Al día siguiente «Manfredo» le dedica otra  
composición muy sentida («Eco del Comercio»  
del 25 de septiembre de 1858) y desde  
entonces la lira del poeta enmudece y el dis-  
creto poético cesa. Anónimos admiradores  
de la dama surgen de vez en cuando (1) con

---

(1) En el «Eco del Comercio», del 2 de abril y  
31 de diciembre de 1857 pueden verse. Con el «Ga-  
cetilero» de «El Teide» (núms. 42 y 43, de 1862)  
sostiene también un amable y jocoso «dime y dire-  
te».

versos de admiración a veces muy expresiva. Un poeta que firma con el nombre del trovador de García Gutiérrez, Manrique, preguntará a «La Dama del Lazo» con todo desenfado:

Tu voz sonora será hechicera  
serás de gracia todo un portento;  
¿Serás casada? ¿Serás soltera?  
¿O serás viuda? ¡Oh, qué tormento!  
.....  
Dime lo que eres, Dama del Lazo.

(«La Fe» del 19 de abril de 1857).

La poetisa contesta sin responder en una graciosa composición, mostrando un donairoso coqueteo. Ella, en efecto, es una mariposa convertida en tal por la compasión de la diosa Flora, pero el continuado diálogo poético que sostuvo con «Manfredo» no hemos de verlo hasta mucho más adelante en otro discreto más corto pero de más interés que sostuvo con otro personaje que tampoco nos ha sido revelado sino como personaje poético.

Era natural y casi necesario, que nuestra amiga nos legara sus apreciaciones sobre el amor. Una poetisa romántica tenía que llenar este vacío en su papeleta para el fichero poé-

tico de los futuros agentes de policía literaria y efectivamente, en unas airoas seguidillas tituladas «¿Qué es el amor?» nuestra dama comienza preguntando:

¿Es el amor tan sólo  
bella teoría?  
¿Es el ensueño dulce  
de la poesía?  
¿Es la delicia  
que imaginarse puede,  
de una caricia?

... ..

para afirmar:

Verte no puedo  
que aunque fueras hermoso  
me causas miedo.

Ella explica luego cómo imagina al amor cuando lo sueña:

Amor es la palmera  
que estremecida  
se eleva en el desierto  
de nuestra vida;  
árbol divino,  
esperanza soñada  
del peregrino,

... ..

¡Amor! conjunto extraño



del sentimiento,  
que envuelves la ventura  
con el tormento;  
que das martirio,  
que enloqueces, que matas  
con tu delirio.

Después de haber pintado cómo el amor  
sea en sus sueños, termina:

Y al fijar en el mundo  
pura, tranquila,  
la luz tornasolada  
de mi pupila;  
verte no puedo;  
que el amor que imagina  
me causa miedo.

Pero un poeta que esconde su persona e  
que quizá fabrica su autoperonaje de fic-  
ción poética bajo el nombre de «El Amor»,  
contesta también en no menos airoas segui-  
dillas a «La Dama de las Flores» (otro se-  
udónimo de nuestra amiga):

¿Por qué definir quieres, hermosa dama,  
el suave sentimiento que amor se llama?  
¡Ay!, es un goce  
que el amador dichoso sólo conoce.

Tú pintas el amor, linda inspirada  
como ilusión purísima de la alborada;

soñar ameno  
que al corazón le deja de placer lleno.

Dices que te da miedo mi poderío,  
que temes entregarte a mi albedrío;  
aunque no quieras,  
serás esclava mía si amas de veras,

No soy lo que tú piensas, ni lo que dices,  
no todos mis vasallos son infelices;  
a nadie asusto  
y el que sigue mis leyes es por su gusto.

Tú que entre las caricias de la poesía  
aduermes blandamente tu fantasía,  
indagar quieres  
si el amor proporciona pena o placerá,

Pues he de revelarte, bella señora,  
el misterioso arcano que el mundo ignora,  
escucha atenta  
que el león no es tan fiero como cuenta.

«El Amor» empieza a definir lo que él mismo sea en doce estrofas más, («El Guan che» del 16 de marzo de 1861) y «La Dama de las Flores» replica con su astucia femenina de siempre, columpiándose donosamente y sin soltar prenda:

¿Me dices que tu esclava seré, amor mío,

aunq̄ue esquivé el prestigio de tu albedrío?  
eso no es cierto,  
que prefiero a tus olas, seguro puerto.

... ..  
¡Imaginar no puedes lo que te quiero!  
y al tiempo mismo  
de tu paso me alejo cual del abismo.

... ..  
Pero incansable siempre con tus rigores,  
tus dardos escondías bajo mis flores;  
y cadencioso

tu suspiro escuchaba, tenue, armonioso,

Tú formabas el eco de la enramada;  
tú la brisa ligera y enamorada;  
tú los hechizos  
del aura que suspira sobre mis rizos.

... ..  
Tus dardos punzadores pierden su ira  
al chocar embotados contra mi lira.

Sin embargo, con toda cautela ella afirma  
que ni se ríe de él, ni le ofende, sino que será  
simplemente su amiga:

Mas ¡Ay si llega el día que te maldiga!

«El Amor» a su vez contesta:

De tu respuesta infiero, rubia hermosura,  
que temes el efecto de mi ternura,  
¡Ay! Mi cariño

es puro y afectuoso como el de un niño.

\*\*\* \*\*\* \*\*\* \*\*\* \*\*\*

«El Amor» celebra la belleza de la poetisa:

Mis flechas vencedoras son los destellos  
que despiden tus ojos, húmedos, bellos;  
brilla en tu frente  
la aureola del numen más refulgente.

En tu boca de ninfa, nace amorosa  
una de mis sonrisas, la más graciosa;  
tu cabellera  
es cual la de mi madre, rubia, hechicera,

Doquiera nacen flores bajo tu planta;  
más blanca que mis alas es tu garganta,  
y tu cintura  
dá celos a la Reina de la Hermosura.

Con tantas perfecciones ¿cómo es posible  
que indiferente seas, bella insensible?

No, no te creo,  
que dentro de tu pecho también yo leo,

No sé cómo explicarme, mísero niño,  
las dulces expresiones de tu cariño;  
es evidente  
que es la mujer enigma muy sorprendente,

(«El Guanche», del 11 de  
abril de 1861).

Entonces, «La Dama de las Flores», en versos más serenos, aunque no tan airosos, explicará con seria melancolía el porqué de su esquividad con el amor. Ella está dispuesta a dar por él hasta su eternidad y eso que es fervientísima devota del Señor, pero

...en el mundo que me rodea  
nunca he hallado mi tierno amor,  
y en vano el alma verle desea  
surgir divino, grande, creador...

«El Amor», aplacado ya, comprensivo, le contestará en el mismo tono y dando fin a este curioso «dime y direte»:

¿Qué responderte, poetisa bella  
si siempre admiro tu discreción?  
¿Qué he de decirte si a tu querella  
ya ha contestado tu corazón? (1)

(«El Guanche», del 11 de  
mayo de 1861).

---

(1) «El Caballero de la Triste Figura» y J. M. R. Q. (José Manuel Romero y Quevedo), poetas de Las Palmas, dirigen a la poetisa sendas composiciones por sus versos sobre el Amor, que pueden verse en el «Eco del Comercio» del 13 de abril y 18 de mayo de 1861, respectivamente.

Sí, la mariposa ha revoloteado sin desear —¿sin desear?— quemarse en torno a la luz sagrada. La realidad es una pacífica y quieta vida entre los suyos, pero ¿por qué sentía nuestra amiga esa estremecida sensación de miedo ante un posible amor... imaginado?

Podríamos afirmar que nuestra amiga ardía en el fuego de todos los afectos. A medida que la muerte—varias veces presentida—le aguardaba, su amor a Dios se hizo más intenso y apasionado. Pero el Dios de Victorina Bridoux es un Dios poéticamente sentido y encarnado en un hombre bien que ideal. Desde octubre de 1860 comienza a cantarles:

«En cada estrella miro tus ojos,  
en cada nube tu palidez,  
y me figuro tus labios rojos  
que me sonríen con languidez,

... ..  
y a tu sonrisa y a tu mirada,  
y a tu semblante tan seductor.»

Para nuestra amiga, como para Carolina Coronado, su Dios lo es todo («El Amor de mis amores», Ob. cit. Tomo I, pág. 243-245): su sueño, la imagen de su poesía, su ilusión, su delirio, el sueño de sus amores, su eternidad...

La emoción religiosa de Victorina Bridoux

vá en aumento. En junio de 1861 cantará a «Mi bello ideal», que es la Virgen María; en mayo entonará un cántico de gracias al Altísimo por la curación de su hijito («¡ Bendito seas, Dios mío ! »).

Su sed de «presencia y figura» que cura la dolencia de amor está expresada en la composición «A Dios»: «Deliro por tu amor... ¡y no te veo!» canta apasionadamente para prometerle después:

Tendrás alfombras de nevadas rosas  
incienso arrobador en los jazmines.

Ella, como San Juan de la Cruz, verá a Dios llenando de presencia la ausencia:

Si miro al mar en loca marejada  
fingir mil lechos de flotante pluma,  
me parece encontrar en tu mirada  
leve destello al reventar la espuma.

Si escucho al huracán, aunque me asombre  
hallo placer en su rugir tremendo,  
y es porque escucho pronunciar tu nombre  
por acentos sin fin, que no comprendo.

... ..  
Si llega a mí la perfumada brisa  
y tiemblo de emoción a sus hechizos,  
es porque en ella percibí tu risa  
que vino a confundirse con mis rizos.

... ..

¡Inocente de mí...Yo preguntaba  
dónde tu esencia está, dónde tu cetro,  
amante y desolada te buscaba..  
¡Y aquí en mi corazón siempre te encuentro!

A medida que el tiempo y las horas de tu vida pasan, la poetisa se aleja del afecto humano para refugiarse en el divino; «A Dios» es también el título de otra composición (Ob. cit. Tomo II pág. 124-125) que empieza:

Silencio, soledad, melancolía...  
¿Por qué he de hallarlos donde yo respiro?  
¿Por qué son parte de la vida mía?  
¿Por qué he de verlos por doquier yo miro?

... ..

¡Tú, tan sólo TÚ! Cuando dormía,  
miraba pura tu adorada huella;  
y si despierta por tu amor gemía,  
¡verte pensaba en la radiante estrella!

¿Comprendes TÚ el porqué de mi tristeza?  
Es porque acaso en un sentir profundo  
no encontraba tu mágica belleza  
en los tesoros del mezquino Mundo!

... ..

¡Oh, mi amor celestial que yo te llamo!  
¡El mundo es nada, porque no te veo,  
el cielo es todo porque yo te amo,  
la muerte es poco, porque yo te creo!



Victorina Bridoux cantará a su Dios en la hermosura de un joven peregrino con toda sencillez. Prendida en la gracia métrica de una seguidilla cantará la lectora de Juan de la Cruz:

¿Encontrásteis a un joven  
que yo he perdido,  
alto, esbelto, elegante,  
bien parecido?  
¡Si no le hallo,  
sucumbiré a la pena  
con que batallo!

Después de cantar las humanas gracias del Amado, preguntará:

Si alguno de vosotros  
le ha divisado,  
decid: ¿dónde se encuentra  
mi bien amado?  
¡Ay, dónde, dónde!  
¡Tan ingrato se muestra  
que no responde!

«A EL» está también dedicada otra composición que refiere las gracias y el amor del peregrino (Ob. cit. T. II. págs. 151-152). Los versos del poema «Su retrato» también son alusivos a ese «amor de sus amores». En sus últimas poesías la idea constante de Dios

tienē el acēnto acongojado, bien quē melancólico de un presentimiento. La que escribió en octubre de 1862, la postrera, se llama «Plegaria». En ella pide a Dios que libre al pueblo de la fiebre amarilla. Su joven peregrino que ella había cantado apasionadamente se la llevó de entre las flores, los pájaros y las noches de luna que aquí en soledad se quedaron sin aquella su voz que entonaba el cántico suave y rendido a las excelencias del Hijo de Dios.

En todos sus versos—no olvidemos a Romero y Quevedo el prologuista de «Lágrimas y Flores»: «en cada línea está su corazón»—late el acento profundo de una biografía. No nos interesa que su ser real y auténtico coincida exactamente con su vida poética; ésta es la vida que nos ha legado Victorina Bridoux—después de todo, la única legable—y a ésta nos hemós de referir.

Hay en varias de sus composiciones el dato romántico y tremendo del presentimiento de la muerte. Así, en marzo de 1857 ha de cantar a unas «Hojas perdidas»:

Quizás arrebatadas por el viento  
en rápido y confuso torbellino,  
me dejen cual fatal presentimiento  
queriendo precederme en mi camino.

Dejadme mi ilusión, hojas errantes,  
no la llevéis en revoltosos giros;  
dejádmela adorar sólo un instante  
y, en cambio yo os daré dulces suspiros...

De la rosa quedó su tronco seco:  
ha muerto mi ilusión, pues no responde;  
las hojas me repiten con el eco:  
ven a buscarnos; pero ¿dónde?, ¿dónde?

Este presentimiento se mezcla otras veces  
con la nota de nostalgia que es otra nota de  
su poesía; nostalgia de la tierra andaluza, de  
Sevilla:

Quizás te llegue a contemplar un día,  
día que adoro aunque lo miro lejos.

y más adelante en la poesía titulada «Ecos de  
mi amistad» dedicada a María del Pilar Si-  
nués, como hemos dicho, contará biográfica-  
mente:

Fué mi patria adoptiva Andalucía  
patria que lloro cual perdido cielo,

Seguirá luego contando el culto sentido por  
su madre, por la amistad, pero después:

Mi madre y yo dejamos las riberas  
volando desoladas por la espuma.

«Llegué por fin doliente a estos peñones».

dirá por nuestras islas; «aquí por primera vez pulsé mi lira»; aquí conoció a su esposo, pero ¡ay! la nostalgia de su Andalucía la llevara clavada hasta el eterno sueño.

Ella creará oír en el suspirar continuo de las olas (Ob. cit. T. I. pág. 77) acentos de sus costas españolas y en lontananza descubre «otro mar, otros soles, otros mundos» y como aquel gran poeta contemporáneo suyo, de las olas gigantes, ella también vagaba por mundos poéticos:

Y vago por fantásticas regiones,  
pobladas de sutiles mariposas...

En otro lugar dirá:

Apartad, apartad, tristes visiones,  
no me turbéis mi bienhechora calma;  
suspended las horribles predicciones  
que atemorizan sin cesar el alma  
robándole sus dulces ilusiones.  
¿Por qué me precedéis en torbellino  
haciéndome seguir vuestra carrera?  
¿Obedezco quizás a mi destino?  
¿Por qué me señaláis como barrera  
el mar que se interpone en mi camino?

El mar, el mar allí, siempre delante,  
espejo de los cielos infinito...

El mar, mi pobre amiga, siempre apretada  
soga al cuello de la isla; la mar nuestra, aún  
no bien amada por nuestros cantores, aquel  
tu mar «siempre delante» sin tú poder ver  
más allá de él las suspiradas costas...

Cierta vez, aunque le sienta como dogal,  
se congraciara con él:

Quiero cantar tu inolvidable encanto,  
tus gemidos, tus playas, tus arenas;  
quiero verter en mi sentido canto  
la magia celestial de tus sirenas.

Algún día verá poéticamente en el mar  
amor y placer melancólico:

Encuentro amor en las olas  
cuando en dulce movimiento  
exhalan triste lamento  
haciéndome estremecer.  
Que la grandiosa armonía  
del mar cuando gime en calma  
despierta dentro del alma  
melancólico placer.

Su número poético está contenido en estos  
versos:

Porque yo creo con mis canciones,  
mundos sublimes de inspiración:  
mundos distantes de estas regiones,  
mundos que guarda mi corazón.

Poesía ahora, como en Bécquer—bien que en otra arpa—«música celestial»; por eso ella prefiere siempre la ilusión : piensa que «es el cielo la patria del poeta».

En las horas de duda, nuestra amiga tendrá incertidumbre por todo lo que rodea su vida. Ella oía a su lado voces de sirena: «joven, linda, graciosa, inteligente—esto en mi torno sin cesar decían», pero comprendía a pesar de todo: «indiferente, pura, silenciosa,—que en la tierra no hallaba mis amores»... Es cuando escribe los versos más dramáticos de su autobiografía, unos versos llenos de amargura y melancólica renunciación que valen vitalmente mucho—todo su delicado ser—aunque poéticamente no valgan nada:

Miramos un fantasma deslumbrante,  
cuya mirada nuestra vista ciega,  
y al quererle alcanzar, vuela adelante;  
¡el corazón le sigue, mas no llega!

... ..

Si traslucir es dable en esa lumbre,  
si analizar queremos la mirada,  
hallaremos quizás la incertidumbre...  
y al querer insistir, no vemos nada.

Entonces busca el corazón abrigo,  
al morir la quimera de un instante;

y soñamos hallar en el amigo  
lo que el destino le negó al amante...

¡Amistad!... ¡Amistad!... ¡Siempre falsa!  
de nuestro paso la verdad se esconde;  
el alma hallarla sin cesar ansía,  
y ella en el cielo a nuestra voz responde.

... ..

La poetisa misma se autodefinirá diciendo:

Soy la paloma, que enamorada,  
lanza un arrullo de su dolor,  
soy el suspiro de la enramada  
y es mi existencia la de una flor.

... ..

Por eso gimo desconsolada  
sin que comprenda nadie mi ser,  
soy en tu patria flor trasplantada,  
soy, no te asombres, angel-mujer.

¡«Angel-mujer»! Eso era efectivamente  
aquella «delicada sensitiva», tan segura de  
su pureza y de la blancura de su alma en  
flor.

La nota que presiente su temprana muerte  
la podemos ver aún en los versos a «Las  
flores del Cementerio»:

Yo quisiera trocar mi triste senda  
por otra más risueña y más florida;  
anhelo recorrer la densa venda

que oculta los arcanos de mi vida.

... ..

Vosotras, veladoras del misterio:  
conservadme una gota de rocío  
y al dormir en el triste cementerio  
depositadla en el sepulcro mío.

Y será vuestro llanto sin enojos  
un riego celestial para mi alma.

Y en la composición «Un recuerdo. A la tarde de difuntos» cantará sobre la tumba del poeta Manuel Marrero—a quien lleva una corona de flores—presintiendo que tal vez su lira

.....callará mañana  
sin ecos, sin acordes, sin poesía.

Y que acaso sobre la tumba de ella nadie  
llevará una flor.

Después dirá más adelante:

Pronto remontaré el vuelo  
a donde todo está en calma,  
que sólo halla paz el alma  
en la céleste mansión.

Victorina Bridoux escribía esto en diciembre de 1861. En enero de 1862 cantará:

Y siempre, siempre aquí, llevo esculpida  
la extraña nota de misterios llena



¡formando parte de mi misma vida!  
¡formando parte de mi misma pena!

Por eso cuando exhalo mi lamento,  
o cuando pulso mi doliente lira,  
hay dos ecos de amor en un acento  
y dos suspiros si mi voz suspira.

¿Será el presagio de temprana muerte?  
¿Será el sollozo de mi triste anhelo?  
¿Será anatema de contraria suerte?  
¿Será la voz que me reclama al Cielo?

Definirlo no sé, sólo comprendo  
que mi existencia su misterio adora,  
que me asombra esa voz que yo no entiendo  
y el alma mía de tristeza llora.

En junio del mismo año volverá a escribir:

¿Por qué la juventud con su belleza  
me dió sus dones, si agostó mi risa?  
¿Por qué me sigue funeral tristeza?  
¿Por qué se apaga mi fugaz sonrisa?

Y en la misma composición—«Un recuerdo  
de ayer»—, mezclará a la nota del presentimiento de la muerte, la de la nostalgia de la tierra y de aislamiento:

Y entre peñascos solitaria veo  
¡que vivo cual errante golondrina!...

Nuestra amiga, más que «tórtola extranjera», como ella misma se llama, es cisne

doliente que canta con agonía su funeral temprano. Las notas afectivas de lo vital van dejando paso al dolor y al drama que vive muriendo esta criatura. Todavía tiende los brazos demandando apoyo; aquel apoyo que un día le prestó la mano y el alma suave de María del Pilar y que pide ahora a don Antonio Mazzini:

¡Oh tú a quien ama la memoria mía!  
Tú, que admiraste mi infantil cabeza,  
¡Si pudieras volverme mi alegría!  
¡Si pudieras quitarme mi tristeza!

¡Ay!, pero está muy lejos aquel «recuerdo idolatrado». Victorina Bridoux, voz de cisne, plañidera de nostalgias y presentimientos, lucha aún revolviendo sus delicados brazos en el aura que primorosamente cantó un día. «El compás susurrante de los mares» agrandó su eco en estrépitos de dolor y con la cabeza sobre el pecho tendrá que cantar:

¡Presente, porvenir!... ¿Por qué me aterra  
el triste enigma que saber anhelo?  
¡Es porque tiemblo de mirar la tierra!  
¡Es porque busco sin cesar el Cielo!

Pero su verdadero canto final, más que la composición «Plegaria»—última en el tiempo, desde luego—es la que titula «¡Quiero partir»

Su voz se torna súplica, deseo ferviente, angustia de aislamiento. Nunca la lejanía ni el drama geográfico de la isla se han sentido tan en carne viva como ahora, destrozando un alma bellísima que se quema en su propio fuego, que se ahoga en su misma sangre. El ansia de las amadas costas andaluzas se convierte en gigante obsesión e imperioso deseo. Ella ha cantado en estos peñones su alegría y su dolor bastantes veces y por mucho tiempo, viene a decir con lágrimas de súplica. Ella ha pagado con su voz de «angel-mujer» el tributo exigido. Ahora tiene derecho a irse; ya no sabe cantar. ¡Dejadla, vientos de mis islas, «mar de mi juventud», montañas de la cumbre; dejad ir a esta voz que no puede cantar; dejad que encuentre el bien perdido! ¡No apretéis, por favor, el dogal que ciñe su cuello de garza!

### ¡Quiero partir!

Yo siento un malestar indefinible,  
el aire que respiro me sofoca...  
¡Hay una cuerda al corazón sensible,  
y al sentirla vibrar me vuelvo loca!

Es un anhelo sin color, sin nombre,  
es la vana inquietud de un pensamiento;  
mas comprender jamás pudiera el hombre  
toda la angustia que en mi pecho siento.

Al contemplar el mar, que gime en calma

tiendo mis brazos con dolor profundo,  
y se desmaya de pesar, el alma  
por buscar algo que perdió en el mundo!

¡Yo quisiera volar, volar ligera!  
dejar montes atrás, islas, vergeles,  
y divisar lejana otra ribera,  
cual blando canastillo de claveles...

Y gritar desde el mar: ¡oh, patria mía!  
¡Bella sirena de nevado manto,  
náyade de sin par melancolía,  
oh, Cádiz de mi amor, oye mi canto!

A tí se tornan mis cansados ojos,  
a tí se marcha mi fugaz suspiro,  
por tí lamento sin cesar enojos,  
por volverte a mirar, triste deliro,

Y es preciso partir, es necesario:  
el viajero retorna a sus lugares;  
el peregrino busca el santuario  
y yo por verte cruzaré los mares.

Yo, cual las aves de sentido canto,  
he llorado al cantar males de ausencia,  
y al derramar mi dolorido llanto,  
sentí debilitarse mi existencia...

Mas ya cantar no sé; la golondrina  
quiere tornar a su lejano nido,  
y el ave, que vagaba peregrina,  
quiere buscar lo que miró perdido...  
¡Dejadme por favor, harto he cantado!  
¡Basta de flores, de ilusión, de galas!

mi canto en estos montes he grabado,  
¡Dejadme entonces desplegar mis alas!

Agosto, 1862.

Los versos que este último agosto de su vida dedica a su madre que cumple años en tal mes, tienen el acento elegíaco de Jorge Manrique:

Todo pasa cual torrente;  
su corriente  
lleva en pos nuestro existir;  
¡Y en el cauce pasajero  
va ligero  
nuestro esquife a sucumbir!

En septiembre dedicará versos a su álbum, pero las hojas que ella procuró con suma devoción que fueran escritas por manos de altas calidades, no contienen otra cosa que mentira, inconstancia, lisonja vana:

¡Venid por Dios que estoy sola!  
¿No acudís?, en vano grito;  
aquello sólo está escrito  
por adorno... por ficción.  
Y entre tanto y tanto amigo,  
y entre tanto y tanto hermano,  
¡Hoy no estrecho ni una mano,  
hoy no encuentro un corazón!

Las hojas del álbum, de este precioso objeto que fué el relicario de tanta dama del siglo XIX, tocaron muchas veces los dedos de rosa de nuestra amiga que pensaba: «el talento en tí se anida—pero el afecto jamás». El álbum, sin embargo, tenía una—¿una? ¿dos?—hojas escritas por doña Angela Mazzini y Victorina Bridoux hace esta rectificación:

¡Mentí, mentí, que en tus hojas  
aún contemplo algunas flores  
de purísimos colores,  
de perfume celestial!  
Y entre todas, la más bella  
como la luna en el cielo,  
para compensar mi anhelo  
está el amor maternal...

¿Dónde estará hoy el álbum de Victorina Bridoux? Entre «algunas de aquellas flores» hubiéramos querido saber si estaba una dedicada por la mano suave de la señora Sinués de Marco...

Todavía este mes al final de su antepenúltima composición, escribirá con angustia:

Ven, nuevo día, que mi voz te llama,  
te llama el corazón, el pensamiento;  
mi débil existencia te reclama  
porque ella necesita de tu aliento,

¡Su débil existencia! Era verdad. Antes de rezar la «Plegaria», oración al Santo de los Santos, cantada días antes de apagarse su voz, Victorina Bridoux se había muerto. Y el nuevo día ansiado no vino para ella jamás.

## **IV**

### **INTERMEDIO**

**La fiebre amarilla en 1862**

**Ramillete necrológico**



## LA FIEBRE AMARILLA EN 1863

Es probable que el lector no tenga a mano un plano de Santa Cruz en 1862; la capital de la provincia no ha cambiado mucho en lo que respecta a su centro, cerca de la mar, pero vista en el esquema de un plano. La emoción de examinar un plano del siglo pasado y de un pueblecito tendido a las orillas de una isla perdida en el mar de las Españas es una emoción enfermiza y hasta romántica; es la emoción que experimenta un espíritu como el nuestro, dado a cosas absurdas y sin importancia.

La fragata «Nivaria» tiene un bello nombre. Es matrícula de Santa Cruz de Tenerife y se construyó en nuestros astilleros. Los interesados en la obligada polémica con los

vecinos de la isla redonda, pasean por delante del Puerto de la Luz la flamante hija de Santa Cruz. Buenō, ¿y qué?, objetará la hoja periódica «El Canario», de Las Palmas; ya lo sabemos, pero si se exceptúa la fragata «Nivaria», ¿qué otras embarcaciones han producido esos fantásticos astilleros de Santa Cruz?. Poco más o menos es eso lo que argumentan los periodistas de «El Canario». La fragata «Nivaria» impertérrita, va de Santa Cruz a las Antillas y de las Antillas viene a Vigo y Santa Cruz. El 31 de agosto llega en uno de sus viajes al muellecito nuestra hija la fragata «Nivaria». Corre el año 1862.

El fondín de Antonio Pérez está en la calle de San José. La calle de San José, enfrentito del muelle. A mano izquierda y subiendo está la casa del fondín y en el fondín hay cuartos estrechos y no muy limpios. En uno de estos cuartos hay cuatro hombres enfermos que han desembarcado de la «Nivaria». A estos enfermos les receta el doctor don Bernardo de Espinosa la consabida aplicación de sanguijuelas y—¡oh, desilusión!—cuando el doctor comprueba la mejoría de sus pacientes y está una vez más satisfecho de su ciencia, dos de los enfermos mueren la noche del 12 de septiembre. Sintieron dolores agudos en la frente; tenían inyectados los ojos, la cara rubicunda y abultada; «dolor y an-

siedad en la región del estómago, dolores generales y fiebre alta, lengua seca y áspera, sed intensa e inquietud general».

Sigamos ahora a un hombre que ha salido de la «Nivaria». Lleva sobre los hombros un lio con su equipaje. Pasa junto a la plaza de la Constitución y saluda a un amigo frente a la casa de los Carta, donde tiene su despacho el Excmo. Sr. don Diego Vázquez, gobernador civil de la Provincia. Nuestro hombre cruza por la calle de la Cruz Verde, se interna en un callejón, luego en otro y por fin sale al campo. Una viejecita ha salido a recibirle desde una casa próxima y ya al oscurecer nuestro hombre con ropa limpia encuentra en la romería del barrio donde vive su madre, a un familiar, y juntos participan en la general diversión.

Los amigos han festejado muy bien el santo y se disponen al descanso. Muy entrada la noche se internan en la ciudad; al llegar a la calle de Canales un zaguán se los traga de pronto: es que Valentín Zamora, casado con una prima del recién llegado, José Arbelo, dispensero de la «Nivaria», ha invitado a su pariente a pernoctar en su casa. Arbelo ha estado enfermo unos días, se ha jaleado bastante y acepta el jergón que sus parientes le ofrecen para dormir; y si el

sereno cantó las horas aquella noche, Arbólo no las oyó.

Varias noches más se queda el dispensero en casa de sus amigos en la calle de Canales. El día dos de octubre, Valentín Zamora no ha querido levantarse de la cama; tiene dolores en todo el cuerpo, le laten las sienes y tiene sed. A los pocos días, la mujer de Valentín siente dolores intensos y no puede levantarse. Al día siguiente el niño de la casa tiene fiebre; una buena ancianita les cuida; al otro día, el criado siente mareos y una su amiga le obliga a guardar cama, pero al día siguiente ella no puede levantarse... Valentín Zamora fallece el 9 de octubre, después su mujer; al otro día el niño, luego el criado, más tarde su amiga, después la ancianita; seguidamente una vecina piadosa que se acercó a la casa, luego un vecino, después otro, después, después...

Vamos ahora a la casa de los Carta. No admiremos el espléndido patio porque el caso es grave y hay prisas. El Señor Gobernador ha reunido a los facultativos locales y a todos los que se encuentran en la capital, aunque no sean facultativos oficiales. El doctor don Bartolomé Saurin, médico del Hospital civil no está de acuerdo con el doctor don Bernardo Espinosa, médico titular de la ciudad. También discrepan los señores doctores don

Ángel María Izquierdo y don Manuel Blanco Aparicio. No están de acuerdo nunca los médicos, ni los relojes, ni los hombres; es muy difícil estar de acuerdo cuando los nervios están exaltados, pero don Diego Vázquez entra en el salón seguido del médico militar retirado, don Pedro de Vergara, y los demás galenos militares: don Fernando del Busto, don Antonio Juan y don Miguel Pérez de la Vega. A la reunión asisten además el señor Alcalde, don José Luis de Miranda; el diputado provincial, don Juan Manuel de Foronda, el señor Comandante de Marina; el ingeniero civil, señor Clavijo, que dirige las obras del muelle; don Manuel Suárez, subdelegado de Farmacia, y el administrador de Correos, señor de Sabremonte.

La primera autoridad logra armonizar las opiniones. El caso es grave, bastante grave, según asienten los doctores por esta vez de acuerdo.

En junta del 9 de octubre, los reunidos acuerdan publicar en el Boletín unas medidas higiénicas que publica además «El Guanche», el «Eco del Comercio» y «El Teide». Opinan los facultativos que la ciudad debe preservarse a tiempo, pero la maldición que trae a sus comprovincianos la fragata «Nivaria», que era nuestro orgullo, extiende sus dominios.

Dé la calle de Canales corrē a la del Sol, donde muere un chico. En la del Tigre ha muerto la criada de don Miguel Maffiotte; en la del Castillo otra persona, en la casa del señor Calleros; en la calle de la Cruz Verde, José Parrilla, y en la de San Pedro Alcántara, su hermano, José María. El mal se ha situado espléndidamente en el foco central de la ciudad. Ocho, diez, veinte, treinta enfermos; cuarenta, cien, doscientos, quinientos, mil, mil doscientos, mil quinientos, mil ochocientos enfermos. Estamos en 1862: octubre, noviembre, diciembre. 1863: enero, febrero.

Han muerto dos, cuatro, diez, veintē, cuarenta, ochenta, cien, doscientos, trescientos, trescientos cincuenta, cuatrocientos, cuatrocientos ochenta. Ha muerto también el doctor Saurin, el querido médico titular después de asistir a cientos de enfermos. Entre los pocos que al sepulcro le acompañaron estaba un joven pálido que había padecido la enfermedad en Cuba. Era marino y poeta y se llamaba Diego Estévez y Murphy.

Los galenos seguirán en sucesivas sesiones discutiendo si el mal es la fiebre amarilla o si es la peste bubónica, como asegura el señor Espinosa; después los galenos discutirán si la enfermedad fué importada por la «Nivaria» o lo niegan, como hace el señor Lan-

da, enviado del Gobierno que llegó a última hora a descubrir la pólvora y buscarle tres pies al gato. Muchas personas estimaron que el origen de la enfermedad estaba en África y que de allí la trajeron las embarcaciones que arribaron a nuestro puerto, pero los señores Vergara e Izquierdo en su obra y el señor del Busto en la suya (ambas citadas) prueban que la fiebre de 1862 tuvo su hilo conductor en la fragata «Nivaria», nuestra hija, que conectó con el terrible mosquito del Golfo de México. En 1862 nada se podía saber aún de microbios ni del «*Stegomyia fasciata*» (1). Microbios y mosquitos eran seres demasiado minúsculos para tenerlos en cuenta y los galenos estimaban más peligrosa una corriente de aire. Nada pudieron contra aque-

---

(1) Fué de 1880 a 1890 cuando Carlos Finlay, de la Habana, en sus estudios sobre la fiebre amarilla sostuvo la tesis de la transfusión de la enfermedad por la «*Stegomyia fasciata*». Este mosquito fué llamado mucho más tarde «*Aedes aegypti*» y en 1919 y 1922 las investigaciones del sabio japonés Noguchi permitieron determinar el germen productor de la fiebre o sea el «*Leptospira icteroides* Noguchi». Para Bianca y Hohenadel el microorganismo productor es el «*Bacillus hepatodys tropicans*».

Los casi invisibles seres las sanguijuelas, las tazas de barraja, ni la higiene de los vestidos, ni las prescripciones que publicaron los periódicos y que leían ávidamente los santacrucesos.

Más de la mitad de la población se refugió en La Laguna, que acogía solícita a los hermanos de la capital. Y aquella antigua madre de la altura, aquella aristocrática Laguna que estaba arruinada de poderío, se olvidó de los zarpazos que le dió su satisfecha y democrática hija, Santa Cruz, la villa de Santa Cruz, una advenediza sin estirpe; una «snob» satisfecha y librecambista del siglo XIX... Nunca la palabra «hermanos» ha sonado tan emocionadamente en los labios de los hijos de La Laguna y de Santa Cruz. «Nuestros afligidos hermanos de Santa Cruz», decía con toda compasión La Laguna; «nuestros queridos hermanos de La Laguna», decían agradecidos los de Santa Cruz...

Bien es verdad que en La Laguna la enfermedad no se propagaba y los que venían enfermos morían o se curaban; mas no contagiaban a nadie, ¡ah! pero cualquiera sabe... Los laguneros no podían saber que el microorganismo no vivía en su altitud y cuando la ciudad nueva dió las gracias con honda emoción, la vieja ciudad contestó como una gran dama piadosa: no hemos hecho más que cum-



plir con nuestro deber; si nuestros medios hubieran sido mejores, más os hubiéramos ayudado, pero somos pobres y no hemos podido hacer lo que hubiéramos deseado.

Un adolescente atrevido hizo un día una escapada a Santa Cruz, acompañado de un amigo. He aquí cómo este adolescente, Patricio Estévez, cuenta su impresión de la ciudad: «No se me ha olvidado la honda impresión que me produjeron la soledad, la tristeza de las calles de Santa Cruz, pues en algunas de ellas la hierba alcanzaba no menos de una vara de altura; sus casas cerradas y sin otra señal de vida humana que algún sacerdote conduciendo el viático.»

Cuatrocientos ochenta muertos en cinco meses; en cinco meses creció la yerba y enmudeció la ciudad. Entre esos cuatrocientos ochenta muertos hay uno que no sabemos dónde vivía cuando sus ojos garzos veían la luz aún; nada nos dicen los libros, ni el mudo plano que esconde su secreto... ¿Será aquí, en esta manzana de casas? ¿Será aquí en esta otra, o aquí, en esta calle? No queda, no puede quedar un superviviente que nos diga dónde murió el primero de noviembre, a las tres de la tarde, Victorina Bridoux y Mazzini.

## RAMILLETE NECROLOGICO

Cuando murió la poetisa Santa Cruz era un lento y agónico dolor de muerte y soledad. La mayoría de los periódicos dejaron de publicarse y la capital no era más que asilo de la muerte y la tristeza. Un inmenso hospital en el que se apagaban sin remedio las vidas y donde las que iban quedando inspeccionaban con terror su organismo, por si sentían la escalofriante llamada de la «intrusa».

El «Eco del Comercio», del 5 de noviembre, inserta en su número correspondiente, dos desgarradoras notas necrológicas: la una es la del poeta José Benito Lentini, el pobre Lentini, que murió tuberculoso en Tegueste,

La otra se refiere a Victorina Bridoux, y dice así:

«Apenas escritas las anteriores líneas, llegó a nuestros oídos una espantosa nueva. El más bello adorno de nuestra corona poética, la flor más galana de nuestro pensil literario, acababa de marchitarse y caer sin vida bajo el hálito emponzoñado de la horrible enfermedad que aqueja a la población. La señora doña Victorina Bridoux de Domínguez, había volado a la eternidad, víctima de la fiebre amarilla, dejando en brazos de su inconsolable esposo y dolorida madre las caras prendas de su amor. La pluma se nos cae de las manos al referir tan infausto suceso. Algunos días antes contemplábamos a Victorina llena de vida y preparando tal vez en su florida imaginación nuevos cantos, nuevas endechas que añadir a sus triunfos poéticos. ¡Ay!, el genio devastador que nos oprime con férrea mano, descargó su segur y tronchó despiadado una existencia llena de dulces recuerdos y de risueño porvenir! ¡Lloren con nosotros las musas canarias! ¡Cúbrase de luto el laúd de oro de la encantadora poetisa! ¡Suene el canto fúnebre de los vates que eran sus amigos y sus admiradores!

Flores y llantos para su tumba; flores que eran sus hermanas y a quienes prodigaba en sus cantos todos los tesoros de su lozana y

brillante poesía. ¡Ah!... No volverán sus ojos a contemplar la brillante naturaleza... Voló al cielo, voló a los espacios sin fin, donde buscaba anhelante la imagen misteriosa que presidiera a sus más dulces composiciones.

Aún en la primavera de su vida, tocando apenas el umbral de la existencia, cae víctima de la pestilente fiebre que cubre de luto nuestra infeliz ciudad. Su último canto fué el del cisne, fué un canto de consuelo y amor!... Invocaban sus labios al Todopoderoso contra el azote terrible que alzaba ya su horrible cabeza en nuestra población. Aterrados los moradores abandonaban sus viviendas para ir a refugiarse a una zona más elevada, inaccesible a la maligna influencia del mal, y Victorina, impertérrita en medio de la desolación general, desafía al monstruo y da el ejemplo de valor resignado permaneciendo impasible al lado de su esposo obligado por el honor militar a quedarse en su puesto.

¡Ay! La lucha era desigual. Ensañóse el verdugo en su víctima y la hundió en su huesa!

Reposa en paz en la madre tierra, lozano lirio de nuestras montañas, hermoso meteoro que iluminó un instante nuestro horizonte. Las musas canarias te consagrarán recuerdos

imperecederos que eternizarán tu memoria y regocijarán tu alma en el empíreo.»

«El Guanche», del 10 de diciembre, escribe en su artículo de fondo una desgarradora nota necrológica, también muy de la época, algunos de cuyos párrafos imponen la inserción aquí:

«Viste al anciano, al joven y al niño abandonar presurosos la ciudad sobre la que se posaba el ángel de la muerte entonando sus cánticos de exterminio, y comprendiendo tu deber de esposa permanecistes al lado del ser que te había dado su nombre y a quien el honor militar obligaba a residir en medio de esa negra tempestad que se alzaba rugiendo sobre tu cabeza; sobre tu cabeza que doblaste luego azotada por el empozoñado cierzo de esa tempestad que mata sin compasión.

.....

Ya no volveremos a aspirar, amiga nuestra, el perfume que se desprendía de tu sedosa y rubia cabellera; ya no volveremos a escuchar tu dulce voz, ya no volveremos a encontrar en nuestro camino la lánguida mirada de tus lánguidos ojos; ya no volveremos a libar la inspiración en la sonrisa de tus labios ni en la simpática expresión de tu rostro pálido. ¡Todo acabó para siempre, sí!... Porque el astro que desde lejanos cielos vino a brillar adornado de una bella aureola,

en el cielo de la antigua Nivaria, ha perdido la luz que solía iluminar nuestras oscuras noches de insomnio; porque la tórtola de lánguidos quejidos ha volado de entre nosotros para no volver; porque el vergel de la poesía canaria ha visto caer tronchada y marchita por el vendaval la más fragante violeta que le adornaba; porque la lira que no ha mucho tiempo nos regalaba divinos «arpeggios», cantos de paz, de ilusiones y de ventura, dulces y suaves como el murmurio de las fuentes y como el suspirar de las auras en el cáliz de las flores, que eran tus hermanas, yace triste y silenciosa, rotas sus armoniosas cuerdas colgadas del ciprés funerario».

Ya en este mismo periódico y en su edición del 22 de noviembre se había publicado una hoja suplemento en la que el poeta palmero, Antonio Rodríguez López, escribía en octavas reales, «Lágrimas y laureles», el sentimiento que la muerte de su amiga le produjo.

En «El Omnibus», de Las Palmas, edición del 15 de noviembre, don Amaranto Martínez de Escobar, escribe unos versos, «A la sentida muerte de mi mejor amiga la inspirada poetisa, señora doña Victorina Bridoux y Mazzini de Domínguez». Esta composición se recoge en el tomo «Poesías». Gáldar 1932, junto a otras dos que don Amaranto dedicó a su amiga durante la vida de ésta.

Don José Desiré Dugour, en «El Guanche», edición del 26 de diciembre, publica una «Corona fúnebre a la memoria de mi pobre amiga Victorina B. y Mazzini de Domínguez». El ilustre cronista de la ciudad llora la muerte de su amiga infortunada al tiempo que la del pobre poeta José Benito Lentini:

«Un mismo día, ¡ay, Dios! la muerte helada  
Dos vidas quiso herir  
Como arranca al pasar tormenta airada  
¡Dos flores al abrir!  
Ella, esparciendo en la florida loma  
Su canto arrobador,  
Como arrullo de cándida paloma  
En la retama en flor;  
El, como planta del insecto herida  
Se inclina al vegetar.  
Siente helarse las fuentes de su vida  
Y la lira callar,  
Y al caer de la hoja amarillenta  
El bardo sucumbió,  
Y al hórrido brazar de la tormenta,  
La poetisa finó...

... ..  
Perdimos ¡ay! nuestro gentil tesoro,  
Nuestra risueña huri,  
De garzos ojos, de cabellos de oro,  
De boca de rubí.

... ..

Empero, no temas que el olvido  
presida tu ataúd,  
No olvida el ave su amoroso nido  
Ni el bardo su laúd,

Yo iré a posar sobre tu mármol frío  
Tu más querida flor,

Yo lanzaré mi nota lastimera  
Hasta el alto confín,  
Y llegaré tal vez hasta la esfera  
Do habitas, serafín.  
Y al oír la tu alma bendecida  
se regocijará  
Mientras ¡ay! en la tierra, entristecida,  
la mía llorará.»

En la edición del 26 de enero de 1863 de «El Guanche» puede leerse, anónima, una poesía «A la memoria de una poetisa. La lira de V.....» y en «El Eco del Comercio», del 11 de marzo del mismo año, otra composición también anónima: «Una lágrima. En la tumba de mi indulgente amiga Victorina B. y Mazzini de Domínguez».

En 1864, y en «El Guanchè» del 7 de noviembre, vuelve a dedicar Desiré Dogour un recuerdo «A Victorina» y su madre, Doña Angela, escribe en «La Guirnalda» del 13 de



abril de 1866 una composición, «En el natalicio de mi adorada hija Victorina Bridoux y Mazzini, sobre su fosa». La madre sin duda la recordaba expresamente todos los abriles como la poetisa recordó en vida todos los agostos a su madre. El hogar de nuestro siglo pasado fué muy vigilante de las onomásticas y cumpleaños. (1).

La misma doña Angela, en el número 50 de «La Moda Elegante», de diciembre de 1867, fecha en Santa Cruz una sentida composición, «En el natalicio de mi amada hija Victorina B. y M. Sobre su fosa».

---

(1) En cuanto a doña Angela Mazzini, diremos que su obra poética y en prosa ocupa a nuestros periódicos hasta por lo menos el año de 1883, en el que hemos visto dos trabajos suyos en «La Ilustración de Canarias», el último del 20 de abril. Doña Angela, pues, vivió en Santa Cruz el resto de su vida. En octubre de 1859 vivía en la calle de San Francisco de Paula, número 9. En agosto de 1862 el anuncio de las clases de inglés, francés e italiano, dadas por la «conocida señora» pone como domicilio la calle de San Francisco de Paula, número 10, esquina a la de Canales. Dicho anuncio se inserta en «El Guanche» en el mes de octubre y por algún tiempo después. Cuando Victorina escribe su artículo «Progresos literarios» del «Eco del

Finalmente, el Sr. Vergara en su «Ensayo histórico» sobre la fiebre amarilla. 1864, dice en la pág. 142—al citar las mujeres no isleñas fallecidas a consecuencia de la fiebre— que entre ellas se cuenta a «Doña Victorina Bridoux y Mazzini, natural de Liverpool y venida a España en la más tierna infancia, esposa del Teniente Capitán de E. E. M. M. de Plazas, Don Gregorio Domínguez».

No hemos querido buscar más notas necrológicas. ¿Para qué entristecemos aún el alma? La evocación y el recuerdo ya son, de suyo, melancolía.

---

Comercio», del 12 de julio del 62, recomendando la lectura de las obras de María del Pilar Sinués, indica como centro de suscripción: San Francisco de Paula, 10. Esa era la dirección de su madre y quizá vivieran juntas aún después de casada Victorina. Esta fallecería, pues, en la referida calle y número. Tal afirmación no es más que una conjetura probable.

Referencias dadas por mi gran amigo Marcos Pérez, aseguran que doña Angela murió en la calle de San Roque (hoy Suárez Guerra) entre 1885 y 1886. En las parroquias de la Concepción y San Francisco no hemos logrado averiguar nada sobre el particular.

## V

**La obra poética de Victorina Brídoux en vitrina.—  
Exigencias de la «erudición».—Lenguaje generacio-  
nal del romanticismo.—Los temas románticos.—El  
metro. Los motivos de circunstancia.—Aire becque-  
riano.—«El Aura»: la novia de la brisa**

Hubiéramos querido terminar. Hemos recorrido muchas veces la obra, es decir, el corazón de nuestra amiga. Pero un tributo pedante a una labor de posible «erudición», exige ahora el frío examen de laboratorio, el recuento, las pesas y medidas, la liquidación del haber que toda obra literaria deja a las generaciones posteriores al tiempo en que se escribió. Clasifiquemos con la crueldad que se entierra un afiler en el cuerpo delicado de una mariposa, la obra de nuestra amiga. Coloquemos en la vitrina poética de las islas el breviario apasionado que nos legó la «tortola extranjera» y tratemos de dar unas odiosas conclusiones:

Victorina Bridoux emplea el lenguaje poético generacional del romanticismo y pertenece a una de sus promociones posteriores.

Si repasamos el lenguaje de la citada es-

cuela, es decir, los términos que la caracterizan y que constituirán sus tópicos, observaremos el numeroso empleo de sustantivos como estos: «pensil», «auras», «ambrosía», «sílfi», «hurí», «bardo», «vate», «huesa», «arrebol», «tristura» (tan definitivo de la época), etc. Adjetivos que alteran el sufijo ordinario por «al»: «divinal», «eternal», «perennal», etc. y en consecuencia con los temas usados, los que dan el matiz fúnebre: «hórrido», «funeral», «lúgubre», «horrible», «tétrico», etc. Muchos verbos de movimiento para indicar las acciones de los sustantivos también de movimiento, como «tempestad», «borrasca», «vendaval», etc y en contraposición, los de quietud para referirse al tema de la muerte y el cementerio: reposo absoluto. Frente a la tormenta, la quietud de la tumba.

Todos estos términos los veremos usados en la obra de Victorina Bridoux, así como los motivos típicos del romanticismo: el de la luna, el carnaval, las lágrimas, la estrella, la flor, las hojas secas. De las flores, como el gran romántico Gil y Carrasco, prefiere la violeta y alguna vez enlaza con el tema de lo feo (muy de la escuela también), cuando se dirige a la flor del cardo:

¿Por qué sutil en lánguido desmayo  
solitaria creciste, abandonada?

¿Por qué lucero del florido mayo  
estás de espinas por tu mal cercada?

Las flores y los pájaros, la tórtola y especialmente la paloma entre las aves, son tema favorito de sus preferencias de escuela. Rara es la colección de poesías románticas que no traiga su canto a varias flores y distintos pájaros, y Victorina Bridoux no podía faltar a la consigna.

El adiós, la despedida, la nostalgia y el mismo presentimiento de su muerte, así como esa su dedicación a la tarde de Difuntos, son acentos significativos del marco romántico. Como los grandes héroes literarios de esta escuela, Victorina Bridoux también muere en plena juventud.

Los metros que emplea en sus composiciones (suman ciento treinta y siete las recogidas en «Lágrimas y Flores») son variados, pero generalmente fáciles y usadísimos. Como los poetas de su escuela, alterna versos de diferente medida en una misma composición. Emplea mucho el endecasílabo formando serventesios que alguna vez son de alejandrinos, y otras se combinan con cuartetos. En algún caso el serventesio es no isosilábico por hacer el cuarto verso heptasílabo.

Con cierta frecuencia usa la octavilla que alguna vez tiene la rima aaabcccb, muy zo-

rrillesca (véase Ob. cit. T. II: «¡Sólo por tí!») Menos usa la sextilla no isosilábica de rima aabccb, con el segundo y el quinto verso tetrasílabos, versificación muy romántica (Véase Ob. cit. T. I: «A Celia Estrella»).

La seguidilla, con su repiqueteo de gracia andaluza, se ve usada unas diez veces por nuestra amiga que la emplea con finura y arte. A veces las usa escritas con dos versos en un renglón—como pueden verse en «Rinconete y Cortadillo» de Cervantes—alternando con otro renglón de un verso; es curiosa la forma de escribirlas en su mejor composición, «El Aura». Quizás en la tierra andaluza que tanto amaba, aprendió a puntear la lengua con esta estrofa popular hecha para tocar con versos la guitarra.

Los metros que menos usa son: la quintilla que alguna vez combina con octavilla y la redondilla.

El título de su obra: «Lágrimas y Flores» es también muy de la época, aunque ignoramos si fué ella quien lo dió; es probable que fuera su madre, Doña Angela.

Aparte los temas generales de la amistad y del amor que llenan su obra, trata los de circunstancia, como son, por ejemplo, la despedida del convento de San Francisco en La Laguna: las glorias de Santa Cruz de Tenerife, con motivo al 25 de julio de 1861; a

Sevilla; a la muerte de una niña; a la isla de Lanzarote; al héroe de los Castillejos, Prim, a su paso por Santa Cruz en diciembre de 1861; a la isla de Cuba; a la calumnia; al gacetillero de «El Teide», etc., etc...

Algunas composiciones, como la de «Auras y Flores, venid a mí», recuerdan el ambiente becqueriano, como podemos observar:

Auras sutiles que vais errantes  
por los rosales a suspirar,  
venid ligeras y susurrantes  
mis agonías a mitigar.

Ave risueña de blanca pluma,  
dulce viajera de otra nación,  
oye: la pena que el alma abruma  
tú la suspendes con tu canción.

Flores pintadas de aroma blando  
que cimbradoras miro crecer,  
venid, hermosas, que yo os demando  
como consuelo del padecer.

Mariposillas que veleidosas  
vais reposando de flor en flor,  
tended las alas y presurosas  
quítad lo acerbo de mi dolor.

Castas estrellas que desde el cielo  
consoladoras miro lucir,  
secad el llanto de eterno duelo,  
que se acrecienta con mi sufrir.

Aves y flores, auras y estrellas,



dadme tan sólo dulce ilusión,  
porque mis llantos y mis querellas  
han lastimado mi corazón.

Auras y estrellas mi pecho gime  
por la morada del serafín,  
como la rosa cuando se oprime  
contra los muros de su jardín,

Yo que la hermana soy de las flores  
me falta ambiente que respirar;  
venid ligeras, que mis dolores  
a vuestro lado podrán cesar.

Se trata, desde luego, de una relación atmosférica de ambiente poético; no cabe influencia entre esta composición escrita en 1858 y Bécquer, que publica la primera rima al año siguiente.

Nuestra amiga no es ruiseñor; es apacible calandria y no puede pedir a las «olas gigantes» ni a las «ráfagas de huracán» que calmen su dolor de soledad, sino a las auras, las flores y las estrellas. Victorina Bridoux, que escribe su obra entre 1853 y 1862, pertenece al instante transicional de Gustavo Adolfo, bien que enmarcada todavía en la promoción romántica, pero de un romanticismo de tono menor. La suya es muchas veces una poesía modesta, floja, pero de gran delicadeza femenina. Si fuera menester una referencia a las poetisas españolas de su época, diremos

qué está más cerca de la obra delicada y religiosa de Carolina Coronado, que no del verso rotundo y fuerte de Gertrudis Gómez de Avellanada, la extraordinaria poetisa romántica. La musa de Victorina es suave y tierna; he aquí una muestra de su amor maternal dada en febrero de 1860, el mes que nació su hijo Leopoldo, titulada «Mi corazón»:

Aquí en mi corazón siento un latido  
que de sus fibras la extensión dilata,  
ya palpita feliz, ya adormecido,  
ya en volcánica fuerza que me mata.

¿Por qué tanto latir? ¿Por qué te agitas?  
¿Por qué ese sueño de tormento y gloria?  
¿Por qué en mi seno sin cesar palpitas?  
Mi enfermo corazón: dime tu historia.

—¿Pretendes acertar por qué me agito?  
¿Por qué latiendo tu indulgencia imploro?  
¡Es porque un dulce ser, en suave halito  
me ha legado el amor con que le adoro!

Era la época de influencia heñinaña, la época de los «suspirillos germánicos», como dijo después despectivamente Núñez de Arcé, y los «suspirillos» inundaron las revistas que llegaban al más apartado rincón de España.

Cuando en 1878 recopiló don Elías Mujica su «Antología de poetas canarios y residentes



al percibir su aliento tímido y frío  
                    aletargadas,  
el aura y la cantora quedan calladas.  
Entonces adormida con su belleza,  
son refugios sus alas en mi cabeza:  
                    sueña y delira,  
se desvela, me abraza, luego suspira.

¡Los delirios del aura son tan hermosos!  
Ella mezcla la risa con los sollozos,  
                    llora, se agita,  
ruega, manda, despide, gime, palpita.  
Y fatigada queda de tanto exceso.  
Como sella mis labios con tibio beso,  
                    goza, padece,  
se irrita, se sosiega, se desvanece.

Ella remeda amores junto a mi oído:  
mi corazón despierta si está dormido;  
                    me intranquiliza,  
y a mi lado constante, fiel se desliza.  
En mis noches de luna cuando me envía  
sus rayos, que adormecen mi fantasía,  
                    escucho incierta  
una voz que me dice: niña ¡despierta!

¡La de blondos cabellos, dulce cantora!  
Mi adorada, mi vida, mi trovadora,  
                    mi sensitiva,

¡oye el tierno gemido de tu cautiva!

Tu cabello ondulante forma mi gloria;  
cada rizo que sueltas, guarda una historia,  
que yo afanosa,  
arranco del capullo de blanca rosa.

¿Por qué tan pensativa? ¿No me respondes?  
¡Mira que desfallezco cuando te escondes!  
cesen agravios,  
que yo traigo caricias para tus labios;  
traigo suspiros dulces del sentimiento,  
el recuerdo constante de un pensamiento,  
llanto de amores,  
esperanzas, quimera, dudas, temores...

Traigo por tí mis alas llenas de esencia,  
traigo además perfumes de la inocencia,  
traigo delirios,  
incertidumbres, penas, goces, martirios.

Si apeteces mis dones, tiende los brazos;  
¡dame a besar tus rizos que son mis lazos!  
niña galana,  
¡el aura está pendiente de tu ventana!

A tan dulces razones quedo vencida,  
y el aura en mi regazo miro dormida:  
sueña y deliro,  
y en su aliento de nardo va mi suspiro.  
¡Cuánto soñamos juntas! ¡Cuánto soñamos!  
¡Qué noches tan hermosas! ¡Cuánto gozamos!

¡Ay, aura mía!  
no reveles a nadie lo que decís!

Los céfiros suaves vuelan alerta  
y al aura le murmuran cuando despierta!

«Vamos, señora,  
recojamos suspiros para la aurora.»

Entonces me abandona mi mensajera,  
me halaga y se despide dulce y ligera,  
y en sus crespones,  
se lleva mis secretos, ¡mis ilusiones!

Al verla que se aleja de mi ventana,  
¡Adiós, adiós!, le digo: «torna mañana»  
y en blando giro,  
se dilatan los ecos de mi suspiro.

«El Aura» está fechada en mayo de 1862  
y dedicada «A tí...»

Victorina Bridoux, amiga de las flores como su poeta José Selgas, cuyo libro «La primavera y el estío» debió conocer o por lo menos muchas de sus composiciones, insertas en revistas literarias y de modas peninsulares, es ahora novia poética de la brisa y aspira en un éxtasis la voluptuosidad de una orgía de aire. Aspira la «delicada sensitiva» aquel «aliento de nardo» que el aura brinda a sus rizos de niña ardiente y apasionada. Su instinto finamente poético supo captar en

una deliciosa y ligera medida de verso, los suspiros de la brisa; supo nada menos esta cantora del aire, prender al aire mismo, en un milagro de imposible, a la cuerda dulcísima del instrumento fino de su inspiración.

## **VI**

### **A P E N D I C E**

**La obra en prosa de Victorina Bridoux.— Localización general y fijación de la obra poética.**



Hemos de referirnos, siquiera para completar nuestro ensayo sobre la poetisa, a su floja y corta obra en prosa que nos legó, dispersa en los periódicos de la época. Numeraremos también su obra poética, recogida en los dos volúmenes tan citados de «Lágrimas y flores» y fijaremos en lo posible su publicación. Creemos ahorrar con esto cansadas y fatigosas citas en el texto y en el que se han hecho las indispensables.

#### A) OBRA EN PROSA.

«El Invierno». («El Fénix», del 5 de diciembre de 1857). Artículo solicitando caridad para los huérfanos del Asilo.

—«Caridad». («El Fénix», del 27 de abril de 1858). Artículo incitando a la creación de una junta de damas en Santa Cruz de Tenerife.

—«Caridad». («El Guanche», del 10 de marzo de 1859). Otro artículo sobre el mismo tema, ante la propuesta lanzada por el gobernador y Capitán general don Joaquín Ravenet de constituir una junta de damas. En ese nuevo artículo, Victorina Bridoux recuerda el anterior en que brindó la idea y apoya la propuesta de la primera autoridad.

Por cierto que en abril de ese año de 1859 se constituyó la indicada Junta formando la directiva, aristocráticas y encopetadas señoras presididas por la del general, doña Teodora López de Ravenet, secundada además por las esposas de las «fuerzas vivas» de la capital. Ni en la Junta directiva ni entre las donantes hallamos el nombre de Victorina Bridoux ni el de su madre. Quizá resultó harto modesto el nombre de la joven poetisa, hija de una profesora de idiomas solamente, a las encopetadas y ceremoniosas damas de la época... No se apure usted, mi querida amiga Victorina... ¿Quién sabe hoy el nombre de doña Teodora López de Ravenet? ¿Quién es hoy esta imponente dama con todos sus humos de «general»? Nada. Y en cambio, usted...

—«A mi amigo don Juan de la Puerta Canseco. Fantasía». («El Instructor y Recreo de las Damas», del 30 de julio de 1858).

—«Santa Cruz». («El Instructor y Recreo

de las Damas», del 20 de agosto de 1858).  
Elogio de la capital.

—«Adiós al Carnaval». («El Teide», del 10 de marzo de 1862, con el seudónimo de «Florinda»). La autora hace un elogio del Carnaval y afirma: «El Carnaval del año 61 llevó con sus galas descompuestas muchas flores de mi ilusión...»

—«Horas de fiebre». («El Teide», del 16 de mayo de 1862). Dedicado a su amiga María del Pilar Sinués y con motivo de la novela de esta escritora, titulada «Fausta Sorrel» que elogia, añorando una vez más a su autora.

—«Progresos literarios». («Eco del Comercio», del 12 de julio de 1862). Artículo recomendando la lectura de las obras de María del Pilar Sinués, «la más joven, la más edificante y la más tierna de nuestras escritoras españolas: es una verdadera joya de nuestra moderna literatura», dice Victorina.

—«El secreto de la hermosura». Novela original. (Folletín del periódico «El Guanche», número 311, al 320-22 de septiembre a 30 de octubre de 1862). Forma un tomito de cuarenta páginas en octavo.

El asunto se refiere a una joven que se cree por su belleza superior a su fea amiga y que es objeto de una lección por parte del hombre que ama. Este cultiva la amistad de

la fea y la bella coqueta enferma de celos y de amor no correspondido, al parecer. La amistad le sirve de purificación y en la conducta de su amiga ve que el secreto de la hermosura no está en la belleza corporal sino en la del alma. Reconocido esto por ella se desposa con su amado que se lo explica todo y su buena y fea amiga encuentra también un hombre que aprecia su mérito y se casan.

La obrita carece de todo valor literario, aparte el noble sentido moral que la informa.

—«La Mujer». («Eco del Comercio», del 27 de septiembre, 1, 8 y 30 de octubre de 1862). Artículos en los que analiza las costumbres de ciertas tribus extranjeras respecto a la mujer y defiende la idea de que ésta debe ser educada e ilustrada para influir en la formación de sus hijos. Alude a los artículos de la Avellaneda sobre el mismo asunto y escribe al final del último que se publicó el día antes de su muerte:

«Si mi voz no enmudece enteramente; si el Dios que inspira mi pluma y mi corazón, permite que pueda verter en el papel mis reflexiones y pensamientos, tal vez logre disipar algunos momentos la justa tristeza de mis lectoras en la época que atravesamos: présteme el Supremo Hacedor fortaleza y salud y bendiciendo su santo nombre continuaré mis

artículos sobre la mujer». ¡Pero no lo quiso así Dios!

—«Balada». («La Moda Elegante», Cádiz. núm. 15 de 1863). Prosa literaria sobre la conversión de un árabe en el desierto que invoca el nombre de su amada María, devota de la Virgen.

En mayo de 1866, don Ildefonso Llorente Fernández intentó publicar la obra en prosa de Victorina Bridoux en los folletines del periódico literario, «La Guirnalda», que él dirigía. El señor Llorente, en efecto, comienza el prólogo de tal publicación y anuncia que publicará los siguientes trabajos: «Alf (balada)» (que es la publicada en «La Moda Elegante»); «Recuerdo», canto a la juventud y al paisaje; «Horas de fiebre» (ya citada); «La voz humana»; «El Otoño»; «Adiós al Carnaval» (citada); «El Pañuelo»; «El Invierno» (citada); «Santa Cruz» (idem); «Fantasía. A don Juan de la Puerta Canseco» (idem); «Las violetas del amor», a don Manuel Suárez; «Las tres Marías»; «La siempreviva», a doña Angela Mazzini.

El señor Llorente, que no conoció a Victorina Bridoux, nos habla elogiosamente de su obra y de que tenía empezadas dos novelas cuyos manuscritos guardaba la familia, pero dicho señor ni aún terminó el prólogo, pues «La Guirnalda» cesó al trasladarse este su

director a la Península, en el número 12 del 28 de mayo de 1866.

## B) OBRA POETICA

Respecto a la obra poética de nuestra amiga diremos que casi todas las composiciones recogidas en los dos volúmenes de «Lágrimas y Flores» aparecieron en los periódicos de esta capital y algunos de Las Palmas. «El Noticioso de Canarias», publicó sus primeras composiciones; el «Eco del Comercio» las últimas.

Firmaba con los sudónimos: «La hija de las flores» (tomado de un título de una obra teatral de la Avellaneda); «La Dama del Lazo»; «Florinda» y «Una suscritora» (alguna vez).

Numeramos a continuación las composiciones recogidas en «Lágrimas y flores» mencionando el periódico y fecha de su publicación.

### Tomo I

1. A una rosa. A mi querida tía la señorita Rosa Mazzini. «El Noticioso de Canarias», del 22 de enero de 1854. (1)

---

(1) Mientras no se exprese otro lugar se entenderá que la publicación periodística es de Santa Cruz de Tenerife.

2. Mi sueño. Idem, del 14 de diciembre de 1853.
3. A la luna. Idem, del 24 de marzo de 1854.
4. Un suspiro. El «Eco del Comercio», del 20 de febrero de 1856. (Dedicado a su querida hermana Amelia).
5. A Celia Estrella. Idem, del 8 de marzo de 1856.
6. A Una flor. «La Asociación», de 29 de junio de 1856.
7. Impresiones de una noche de luna. «La Fe», del 18 de enero de 1857.
8. En un album.
9. A Manfredo. «Eco del Comercio», del 26 de marzo de 1857.
10. Impresiones de una noche clara. «Eco del Comercio», del 12 de marzo de 1857. (A Manfredo).
11. La Lágrima de una flor. A mi amigo don Juan de la Puerta Canseco. «La Fe», del 18 de marzo de 1857.
12. Hojas perdidas. «Eco del Comercio», del 1 de marzo de 1857.
13. A Sevilla. Idem del 19 de abril de 1857.
14. A Manrique.
15. Salutación. A mi querido esposo en su da.
16. Los ecos de mi amistad. A la Sra. doña

- María del Pilar Sinués de Marco.  
«El Fénix», del 2 de enero de 1858.
17. El angel que yo adoro. «El Fenix», del 21 de noviembre de 1857. (Dedicado a su querida hermana-amiga Amalia Domingo).
  18. Un baile de máscaras. Idem del 9 de febrero de 1858.
  19. Adiós, por siempre adiós, amiga mfa. Idem del 23 de mayo de 1858.
  20. La hoja de una espiga. Idem, del 20 de abril de 1858.
  21. Tu amor es mi ilusión. A mi querido esposo en su día.
  22. La violeta. A la Srta. Dña. E. P. (¿Eloísa Pérez?).
  23. Lágrimas. Llanto. «El Fénix», del 8 de junio de 1858.
  24. A Manfredo. Idem, del 29 de junio de 1858.
  25. Mis recuerdos. A mi querida amiga la señora doña María Pérez Moretti. Idem, del 30 de julio de 1858.
  26. El angel de la piedad. A mi amigo don Juan de la Puerta Canseco.
  27. El niño mendigo. «El Instructor y Recreo de las Damas», del 30 de julio de 1858 y «El Fénix», del 6 de agosto del mismo año.



28. A Manfredo. «El Fenix», del 23 de julio de 1858.
29. La estrella que yo adoro. A mi querida madre en su día.
30. Tu lazo. A la Srta. Doña María Pérez Moretti. «El Fenix», del 5 de diciembre de 1858.
31. A tí.
32. Auras y flores, venid a mí. «El Fenix», del 10 de septiembre de 1858.
33. La estrella y el sol. A mi amigo don José Suárez Guerra.
34. La paloma. A la Sra. Doña M. del P. Sinués de Marco.
35. La historia del corazón.
36. En el album de mi querido amigo don José Chamorro y Olmos.
37. Flor de un día.
38. La maripoas gentil.
39. Un baile de máscaras. «El Guanche», del 5 de febrero de 1859.
40. Las flores del cementerio. «El Fenix», del 25 de enero de 1859.
41. Arpegios de mi laúd. A la muerte de la Srta. Doña Fernanda Silluto. «Eco del Comercio», del 30 de abril de 1859.
42. Al niño artista D. Teobaldo Power y Viña. «El Guanche», del 20 de septiembre de 1858.

43. La flor trasplantada. Idem, del 15 de abril de 1859.
44. A mi amigo D. J. de la P. C. en su día.
45. ¡Te adoro tanto! A mi adorada madre, en su día.
46. Un beso y una lágrima.
47. Salutación. A mi amigo Claudio Sarmiento, en su día.
48. Fantasía. La pesadilla.
49. Despedida. Al convento de San Francisco de La Laguna.
50. El paseo.
51. Al dulce poeta de las flores, don José Selgas.
52. Improvisación a una rosa encarnada, regalada por mi amigo E. Cambreleng.
53. A la muerte de una niña.
54. La paloma herida.
55. Mi corazón.
56. Tu corazón. A mi querido amigo D. J. M.
57. El ave perdida.
58. A una flor.
59. Prueba de amor. Improvisación a mi querido esposo en su día.
60. Adiós a la ciudad de Las Palmas.
61. La Virgen de las Mercedes. (En ocho cantos).
62. Adiós. Desaliento.

63. Vivir y morir. En el album de mi estimado amigo D. J. P. C.
64. El iris de mi bonanza. A mi adorada madre en su natal.
65. A tí.
66. El amor de mis amorēs.
67. La golondrina. A mi amigo D. Amārān-  
to M. de Escobar.
68. Salud. A mi querido amigo D. Manuel  
Suárez, en sus días.
69. Improvisación. A mi querido Leopoldo,  
en su primer natalicio.
70. Un recuerdo. A la muerte de mi ami-  
go D. A. Alfaro.
71. La violeta y el jardinero. A la Srta. Do-  
ña Ana A. de Arroyo. Alegoría.
72. ¡Incértidumbre! «El Guanche», del 21  
de septiembre de 1861.
73. A una camelia. Idem, 1 de marzo de  
1861.
74. A el Amor.
75. Recuerdos de una tardē, a orillas del  
mar. «Eco del Comercio», del 27 de  
abril de 1861. (Dedicado a su amiga  
la Srta. Adelaida Sarmiento).
76. A el Amor. Idem, del 20 de marzo de  
1861.
77. Mi bello ideal. «El Guanche», del 11 de  
diciembre de 1860.
78. A la distinguida poetisa Sta. Doña An-

gela Grassi. «Eco del Comercio», del 11 de octubre de 1862.

79. Un recuerdo a la ciudad de Las Palmas. A mi querida amiga Srta. Doña Felisa Martínez de Escobar.
80. Al poeta palmense Sr. Don Antonio R. López, después de leer su linda composición «El poderoso y el mendigo».
81. Balada: adoración.

## Tomo II

1. En el album del distinguido artista don Nicolás Alfaro.
2. Bendito seas, Dios mío. «Eco del Comercio», del 5 de junio de 1861.
3. La flor del cardo. Idem del 22 de mayo de 1861.
4. ¡Amor! En el album de la Srta. Doña Julia de la Vega de la Torre.
5. A Lelia. «Eco del Comercio», del 6 de julio de 1861.
6. Desengaño. A tí...
7. Un gemido.
8. Glorias de Santa Cruz de Tenerife. 1797. «Eco del Comercio», del 24 de julio de 1861.
9. Reflexiones contemplando el retrato de mi querida amiga la distinguida escritora doña María del Pilar Sinués de Marco.

10. A Dios.
11. Incertidumbre. (La misma que la 72, del Tomo I, con variantes);
12. Fantasía.
13. La flor de mi esperanza. A Lelia. «Eco del Comercio», del 16 de marzo de 1861.
14. A la isla de Lanzarote.
15. Deuda de amistad. A mi querida amiga la Sra. Doña María Pérez de Daza. «El Guanche», del 6 de octubre de 1861. (Fechado en La Laguna, a 2 del mes).
16. ¿Quién son ellos? I.  
 II. «El Guanche», del 6 de noviembre de 1861.  
 III. Idem del 1 de diciembre de 1861.  
 IV. Idem del 21 de diciembre 1861.
17. ¿Qué es amor? «Eco del Comercio», del 27 de febrero de 1861.
18. Un recuerdo a la tarde de Difuntos. «El Guanche», del 16 de noviembre de 1861.
19. Flor de un día. En el album de D. Juan Lorenzo Ferrer. (La misma que la 37 del Tomo I, con ligeras variantes.)
20. ¡Sólo por tí! A mi querido esposo.
21. Improvisación a mi querido amigo don

José D. Dugout, en sus días. Al enviarle una corona.

22. La tórtola extranjera.
23. A un lucero.
24. A Dios. «El Auxiliar», del 22 de septiembre de 1861.
25. Al héroe de los Castillejos, el Excmo. señor don Juan Prim, conde de Reus.
26. Flores marchitas.
27. Tristezas del alma. «El Teide», del 18 de febrero de 1862.
28. Sin conocerte. En el album de D. Antonio Rodríguez López.
29. A la isla de Cuba. En el album de una joven.
30. A una mariposa. «El Teide», del 12 de agosto de 1862.
31. La calumnia. Idem, del 30 de mayo de 1862.
32. Un pegrino.
33. Un recuerdo a mi amigo D. José Suárez Guerra.
34. A El. «El Teide», del 25 de abril de 1862.
35. A un prisionero. «El Guanche», del 14 de mayo de 1862.
36. Amor y esperanza. A mi querido esposo en su día.
37. Un recuerdo de amor. A María. «El Guanche», del 14 de junio de 1862.

38. El Aura. A tí... «Eco del Comercio», del 17 de mayo de 1862.
39. Su retrato. «El Teide», del 8 de julio de 1862.
40. Un recuerdo de ayer. A mi querido tío el presbítero D. Antonio Mazzini. «El Correo de Ultramar», París, número 500. 1862, y «La Moda Elegante», Cádiz. 1862.
41. A mi Eloísa. «El Guanche», del 10 de octubre de 1862.
42. La rosa del prado. A mi bella hija Leonor. «El Teide», del 29 de agosto de 1862.
43. Mi constante idea. Idem, del 5 de septiembre de 1862.
44. Melancolía.
45. A unas hojas secas. «El Guanche», del 10 de agosto de 1862.
46. A mi inolvidable amigo el distinguido poeta D. Ignacio Negrín. «El Guanche», del 10 de agosto de 1862.
47. Un recuerdo a la ciudad de Las Palmas, dedicado a mi querida amiga la señorita doña Felisa Martínez de Escobar.
48. La razón.
49. Un recuerdo y una flor. En el álbum de la Srta. Doña María Ana Martín.
50. Al gacetillero de «El Teide». «El Teide»,

Del 3 de junio de 1862.

61. Quiero partir. Idem, del 30 de septiembre de 1862.
62. Tributo de amor a mi adorada madre en su día.
63. Mi álbum.
64. ¡Pobre sensitiva!
65. La duda.
66. El alma y el ángel.
67. Plegaria. «Eco del Comercio», del 22 de octubre de 1862. Su última composición poética, escrita el día 18 de ese mes.

Como se habrá observado en la enumeración precedente, la ordenación de las poesías no se ha hecho con riguroso turno cronológico en «Lágrimas y flores». En esta obra se deslizan algunas erratas en las fechas, como se verá cotejando las que damos con el texto de aquélla.

No hemos podido llenar todas las lagunas. Es posible que varias composiciones estuvieran inéditas, especialmente las saluciones a su esposo y madre; otras estarían en ejemplares que no existen en las colecciones correspondientes. La gran laguna del año 1860, quizás se hubiera llenado en parte con «El Guanche» de ese año que no existe en la Biblioteca Municipal de Santa Cruz y só-



lo ocho números en la Biblioteca Provincial, existente en La Laguna. Periódicos como «El Canario», de Las Palmas, de 1860, donde sabemos que colaboró la poetisa y su madre, no hemos podido consultarlo. Es probable que en «El Omnibus» de aquella ciudad también publicara alguna composición. Tratándose de periódicos insulares, tan desgraciadamente tratados en nuestras Bibliotecas, es imposible agotar la materia.

Hasta seis composiciones hemos encontrado que no se recogieron en «Lágrimas y flores», y son éstas:

1. A la muerte de mi querido amigo don Manuel Marrero Torres, inserta en «El Noticioso de Canarias», del 11 de enero de 1855, y en las «Poesías» del mismo Marrero Torres, 1855.

Se trata de una octavilla que recuerda, por cierto, el comienzo de la composición «A una madre», de Ricardo Murphy y Meade, en «Obras póstumas». 1854, pág. 40.

2. A Manfredo. «El Fenix», del 16 de enero de 1858. Empieza: «Este lazo misterioso». Termina: «Como el color de la llama» y la seguidilla que empieza: «A la Dama del lazo» y termina: «si la entregase».

3. A Manfredo. «El Fenix», del 17 de septiembre de 1858. Empieza: «Eres silfo ligero que por la noche». Termina: «¿Por qué se esconde?».
4. A unos ojos. «El Guanche», del 24 de diciembre de 1859. E: «Ojos bellos que fascinan». T: «Se esculpa en mi corazón».
5. A tus patillas. «El Teide», del 31 de enero de 1862. E: «No inspiran hoy mi Musa. T: «Mis seguidillas».
6. Improvisación. A un paisaje y una poesía consignados en mi Album por mi apreciable amigo el señor D. Antonio Rodríguez López. «El Teide», 1 de agosto de 1862. E: «Qué triste palidez, nubes flotantes». T: «Porque **¡** cantas, tu canción da espanto».

En cuanto a la impresión que su obra poética, «Lágrimas y flores» despertó en su tiempo, diremos que «El Guanche» y «Eco del Comercio» anunciaron la obra con gran interés y el primero la comentó elogiosamente en su edición del 11 de noviembre de 1863. Este mismo periódico dice que «El País» de Las Palmas ha publicado un juicio crítico de la obra suscrito por el Ledo. D. Bartolomé Martínez de Escobar, al que nos hemos

referido al principio y que está inserto en el tomo segundo de «Lágrimas y flores».

Pizarroso y Belmonte, en sus «Anales de Canarias». 1913, dice de la obra de Victofina Bridoux: «Mucho bueno, bastantes delicados pensamientos bien expresados y algo admirable por lo sublime, contiene esa colección de poesías, que en un prólogo elogió su íntima amiga, también esclarecida poetisa, María del Pilar Sinués de Marco, que, viéndola ya en la tumba, tomó la pluma para ocuparse del pobre ángel que lloraba perdido» (pág. 282).

